

# *AL SERVICIO DE LA VIDA*

**UISG BOLETÍN**

**NÚMERO 151, 2013**

<b>INTRODUCCIÓN</b>	<b>2</b>
<b>TRAS LA HUELLA DE LA VIDA RELIGIOSA DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE MEMORIA, BALANCE Y PROSPECTIVA</b> <i>P. Ángel Darío Carrero, OFM</i>	<b>4</b>
<b>ESPIRITUALIDAD DE LA CONSAGRACIÓN</b> <i>Hna. Josune Arregui, CCV</i>	<b>19</b>
<b>EL CELIBATO (EN CASTIDAD) EN LA VIDA CONSAGRADA AFRICANA</b> <i>P. Richard Kuuia Baawobr, M.Afr.</i>	<b>26</b>
<b>ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE EL MINISTERIO DE JUSTICIA Y PAZ DE LA IGLESIA COMO CONTRIBUCIÓN AL ADVENIMIENTO DEL REINO DE DIOS</b> <i>P. John Fuellenbach, SVD</i>	<b>35</b>
<b>“FE Y ALEGRÍA” EN LA CARCEL</b> <i>Hna. María Luisa Berzosa, FI</i>	<b>42</b>



**Angel Darío Carrero**, teólogo y poeta franciscano, describe en su artículo “*Tras la huella de la vida religiosa de América Latina y el Caribe*”, la recepción creativa y original del Vaticano II por parte de una VR que se fue situando allí donde brotaban signos de vida. De la utopía pasó al desencanto y la frustración de los años que siguieron, para escuchar dentro de la actual noche colectiva la llamada a una conversión de la vivencia de fe: “del éxodo al exilio”, es decir, asumir el pasado con humildad, saborear lo innegociable de la fe y hacernos disponibles ante lo nuevo de Dios que va irrumpiendo en la historia. Y todo ello desde una mística de los sentidos que nos abre a la esperanza.

En “*Espiritualidad de la consagración*”, la **Hna. Josune Arregui**, carmelita de Vedruna, a partir de la comprensión de la consagración como acción de Dios que marca nuestra identidad religiosa, va describiendo los rasgos de la espiritualidad que nos alienta y desde la que podemos aportar vida nuestro mundo: la pertenencia, que nos revela anclados en el Misterio que anunciamos; caminar con la mirada fija en Jesús, que nos hace indicadores de camino; en comunidades fraternas y circulares que hacen visible el Centro que nos convoca y con una mirada contemplativa de la realidad en la que estamos encarnados. Y termina presentando la eucaristía como la posibilidad única de hacer de nuestra vida una ofrenda fecunda juntamente con la de Cristo.

Por su profundidad teológica y su interés intercultural incluimos una presentación que el **P. Richard Kuuia Baawobr**, superior general de los “Padres Blancos”, hizo en el llamado *Consejo de los 18*: “*El celibato en la vida consagrada africana*”. Partiendo del valor cultural de la fecundidad en África, profundiza en esta cultura hasta descubrir la continencia como una fuente de vida y crecimiento humano, una forma de seguir comunicando vida por otros cauces. El celibato por el Reino es la imitación de Cristo capaz de amar a todos con libertad. A continuación presenta la dimensión comunitaria del celibato en la vida consagrada y concluye enunciando con valentía algunos desafíos a la formación y vivencia del celibato.

El **P. John Fuellenbach, SVD**, aporta una fundamentación teológica al ministerio de Justicia y Paz, como una contribución esencial a la construcción del Reino de Dios. Un Reino que ha de venir porque solo Dios puede llevarnos a esa vida plena a la que aspiramos, pero que al mismo tiempo se encarna ya en la historia. Las palabras justicia, paz y gozo son las que describen el contenido del Reino y nos pueden guiar hacia esos cielos nuevos y tierra nueva que

---

reflejan el mundo transformado. “*Algunas consideraciones sobre el ministerio de Justicia y Paz de la Iglesia como contribución al advenimiento del reino de Dios*” aporta una sensibilización esperanzada a este ministerio.

Y por último una experiencia de vida, “*Fe y Alegría en la cárcel*”. La jesuitina *Maria Luisa Berzosa*, directora de “Fe y Alegría” en Roma, nos describe una situación en la que esta gran obra educativa no sólo llega “donde acaba el asfalto”, sino que atraviesa los barrotes de la cárcel de Roma y a través de un grupo de religiosas y laicos voluntarios, abre horizontes a los privados de libertad y promueve relaciones amistosas con ellos.

TRAS LA HUELLA DE LA VIDA  
RELIGIOSA DE AMÉRICA LATINA Y  
EL CARIBE  
MEMORIA, BALANCE Y PROSPECTIVA

P. Ángel Darío Carrero, OFM

*Ángel Darío Carrero, ofm, es un teólogo portorriqueño, custodio de los franciscanos del Caribe y Presidente de la Conferencia de Religiosos de Puerto Rico. Durante siete años fue teólogo asesor de la CLAR. Es autor de varios libros.*

*Original en español*

## 1. Kairós conciliar y recepción creativa

**C**on el pasar del tiempo, y ya son cincuenta años, se ha ido acentuando la idea de que el Concilio Vaticano II fue un momento de intensidad del espíritu al interior del cristianismo. Se narra hoy, con razonable orgullo, que la Iglesia, bajo la acción del Espíritu, salió del antimodernismo estéril, para entablar un diálogo abierto y fecundo con el mundo moderno. Fue un período de disponibilidad de la Iglesia para adecuarse a una nueva y más profunda comprensión del Evangelio en un contexto caracterizado por una voluntad emancipatoria. Según Rahner es también cuando la Iglesia comienza a descubrirse como Iglesia universal. Al nivel de la vida consagrada, el Concilio urgió una “adecuada renovación” desde tres aspectos: vuelta al Evangelio de Jesucristo, retorno a las fuentes fundacionales y una adaptación a las cambiantes condiciones de los tiempos.

Tanto por la apertura eclesial a la cultura moderna, por su pretensión de real universalidad, como por su llamada enfática a la renovación desde la multiplicidad de carismas el Concilio se ha convertido en un signo de referencia, de un modo particular para nosotros los latinoamericanos y caribeños. El pos-concilio es también el tiempo de la visibilidad de la iglesia, de la vida religiosa y de la teología de este continente, ya no como prolongación mimética, sino como esfuerzo creativo de construcción propia.

El Concilio fue impulsor de un proceso inédito de reflexión de la fe a partir de la singularidad de nuestras propias heridas y sueños. La II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, celebrada en Medellín en 1968, se manifestará así como uno de los ejemplos más vivos a nivel universal de una recepción creativa del Concilio.

Se ha hablado de Medellín como inicio de la mayoría de edad de la iglesia de América Latina y el Caribe. El Papa Pablo VI expresó al Cardenal Pironio al recibir las Conclusiones: “realmente han levantado un monumento histórico”. El tono entusiasta para referirse a esta Conferencia confirma que estamos ante el “esfuerzo más serio en la historia de la Iglesia latinoamericana por encarnar la evangelización en la historia”. La vida religiosa se transformó y dejó su huella indeleble al interior de este magnífico esfuerzo, sobre todo mediante el acompañamiento solícito de la Confederación Latinoamericana de Religiosos (CLAR), fundada en 1959. La CLAR formó en 1974 un equipo teológico asesor de carácter intercongregacional e intercultural que ha acompañado a los religiosos en su andadura espiritual hasta hoy. La continuidad ininterrumpida de la reflexión teológica ha sido uno de sus grandes secretos.

## 2. La Modernidad y su reverso

Uno de los signos de mayor originalidad e impacto universal de este empeño se verifica en que la apertura a la Modernidad como consigna eclesial no se tradujo en nuestro contexto como una mera asunción de sus valores: se tuvo también la osadía espiritual de enfrentar el lado pernicioso de la misma, aquel que genera pobreza y miseria sobre dos terceras partes de la población del mundo. Posicionarse en el reverso como momento determinante para situarse en perspectiva de liberación, se convertirá en una nota particular de la vida religiosa.

Medellín planteó sin ambages no sólo para los cristianos del Sur, sino del mundo entero, que “la identidad eclesial pasa hoy por la solidaridad con los pobres e insignificantes, en ellos encontramos al Señor que nos señala el camino hacia el Padre”.

Joseph Ratzinger captó con lucidez la inquietante perspectiva: “el progreso de la iglesia no puede consistir en un abrazo tardío a la edad moderna, tal como nos ha enseñado, de forma irrefutable, la teología de América Latina. Y aquí radica su derecho a clamar por la liberación”.

Gustavo Gutiérrez explicitó la originalidad de esta reinterpretación situada en el reverso: “El Vaticano II da las grandes líneas de una renovación de la iglesia; Medellín señala las pautas para una transformación de la iglesia en función de su presencia en un continente de miseria y de injusticia”.

La vida religiosa, aunque comprometida con la utopía, no cayó en manos

de la euforia moderna, pues reconocía en su contacto directo con la realidad de miseria que existen claros desacuerdos entre Dios y el mundo. El pecado se manifiesta no solo en el fuero interno de la conciencia, sino también en las estructuras sociales. Tampoco buscó situarse a contracorriente del espíritu de una época a manos del inmovilismo o pesimismo histórico: la relectura de la prolepsis de Jesús, anticipando en la historia el final de la historia impedía tal desesperanza paralizadora. La vida religiosa testimoniaba una esperanza escatológica, aquélla que contempla y asume el “ya” de los signos de los tiempos, desde ese persistente “todavía no” que mantiene en actitud de discernimiento.

La vida religiosa reconoció, como ha expresó en aquel momento Walter Kasper, que la esperanza cristiana sólo es creíble “si sus testigos toman partido en la praxis por los oprimidos y desposeídos”. Y no será creíble “si se limita a probar una ortodoxia teórica sin mostrarse eficaz y generosa en la ortopraxis concreta”.

### **3. Los pobres y las causas de la pobreza**

La vida religiosa no se limitó “a pensar el mundo”, sino que buscó “situarse como un momento del proceso a través del cual el mundo es transformado: abriéndose en el amor que libera, en la construcción de una nueva sociedad, justa, fraternal, al don del reino de Dios”.

Para ello tuvieron que indagar en las causas de la pobreza, pues sólo desde un conocimiento de ellas podía establecerse un camino de transformación real; aunque ello implicara enfrentar –como de hecho implicó– la violenta resistencia del poder político, económico y militar, o a esferas religiosas estrechamente ligadas a esos poderes terrenales.

Esta indagación causal obligó a asumir novedosamente, en la reflexión teológico-pastoral, la mediación socio-analítica (ver), junto a la mediación hermenéutica (juzgar) y práxica (actuar), que forman los otros pasos de una tríada circular. Aunque se trataba de un elemento metodológico prometedor, desde el principio quedó establecido que no eran las ciencias sociales las que permiten un conocimiento profundo de la realidad: “se percibe por experiencia y por contacto directo, y se la “proclama” con un lenguaje que, más que al del análisis científico, se acerca al de la denuncia interpeladora de los profetas de Israel”.

Otro aspecto del perfil de la nueva vida religiosa fue el lugar dado a la lectura orante de la Palabra de Dios, pues se trataba de situarse junto al clamor de los pobres, pero no como meros sociólogos, pedagogos o trabajadores sociales, sino como forma de seguimiento de Jesucristo. La vida religiosa se concentró como nunca antes en una invocación a la palabra, que no desvincula

de la realidad del mundo, mas bien la ilumina y la transforma.

Este camino espiritual permitió que la vida religiosa superara su “minoría de edad” y asumiera “su propio destino”. Una iglesia alcanza su mayoría de edad –pensaba Paulo Freire– cuando “no se concibe como una realidad neutral ni tampoco trata de esconder su propia opción”, cuando “no dicotomiza mundanidad y trascendencia ni separa salvación de liberación”. Cuando deja de ser reflejo para ser fuente. La Iglesia latinoamericana y caribeña, con la entrañable participación del carisma de la vida religiosa, se propuso tener un rostro propio; decidió encarnar aquella visión luminosa de Juan XXIII que había quedado pendiente en el Concilio: “la iglesia es y quiere ser la iglesia de los pobres”.

Junto al elenco histórico de paradigmas monástico, de la itinerancia, moderno-apostólico, entre otros, se abrió novedosamente el de la inserción inculturada. *Puebla* resumiría en cuatro las tendencias de este nuevo paradigma: la experiencia de Dios, la comunidad fraterna, la opción preferencial por los pobres y la inserción en la vida de la iglesia particular. La CLAR destacó: la misión como clave de reinterpretación; la historicidad constitutiva del proyecto religioso; la radical eclesialidad de la vida religiosa; la opción por los pobres y la inserción; y la centralidad de la lectura orante de la Biblia. Aspectos que no han perdido su vigencia, aunque haya que releerlos en el contexto de un nuevo paradigma no signado por la utopía.

#### **4. El espíritu que asistió a una época**

No es un secreto que muchos religiosos y religiosas se resistieron al Concilio y a su apertura al mundo moderno; y que otros abrazaron al Concilio, pero no a Medellín. Pero, sin lugar a dudas, la verdadera fuerza simbólica, no necesariamente numérica, la constituyeron quienes emprendieron la “recepción creativa”, quienes entendieron que no se podía abrazar al Concilio sin abrazar el contexto en el que tocaba empeñar la vida.

Y fue más que un abrazo a unas ideas lúcidas: cambió la morada de muchos religiosos y religiosas (inserción), el método del quehacer teológico (reflexión crítica sobre la praxis); el lenguaje (liberación); la antropología (pecado estructural); el modo de estar en el mundo (inculturación); las opciones (los pobres, el reino); la visión de la iglesia (Comunidades Eclesiales de Base); el modo mismo de entender a Dios (Dios de la vida) desde la figura histórica de Jesús (el Libertador) y del Espíritu (consolador de los pobres); y a María (madre de los pobres); la radical importancia de la memoria y el testimonio (los mártires). Todo quedaba englobado bajo el paradigma inédito del primado de la praxis desde el lugar teológico del pobre.

Es un error común detectar los signos únicamente desde el ámbito religioso,

cuando se trataba realmente de una concertación epocal...

Lejos de las polarizaciones estériles, se trataba del espíritu que asistió a una época al que la vida religiosa, con las contradicciones inevitables que acarrea toda opción, no dio la espalda. La empecinada incomprensión -no hemos dicho la sana y necesaria crítica- que existió en ocasiones alrededor de todo este proceso, surgió a menudo de no haber sabido leer los signos que visitaron a una época. El toque particular de la vida religiosa consistió en la justa implicación y distancia que refina los sentidos para detectar el rumor de la brisa suave y, desde ella servir libre y gozosamente de cauce a una auténtica aventura amorosa.

A poco que se rastree el mundo intelectual, artístico y pedagógico extra-ecclesial hallaremos una presencia aromática espontánea y fecunda de la vida religiosa en él. Esta es otra nota particular: la vida religiosa se hallaba allí donde brotaban los signos de vida, también fuera de las estructuras de la iglesia. La vida religiosa ajustó su reloj carismático al tiempo exódico que tenía delante de sus ojos para participar del sonar de una nueva hora de utopías y sueños desde el lugar evangélico del pobre al modo de Jesucristo.

Este acercamiento directo y causal al mundo de los pobres a la luz de la Palabra viva de Dios para materializar un compromiso profético de liberación vinculó estrechamente al Norte y al Sur, no sólo para explicar la trama de la dialéctica de la miseria, sino también el necesario camino de la solidaridad evangélica desde una identificación internacional. La vida religiosa de América Latina y el Caribe halló en cientos de religiosos y religiosas del mundo entero una pasión evangélica común cuyos lazos se extienden hasta aquí hoy.

Nuestra Orden de Hermanos Menores, por citar el ejemplo que conozco mejor, reconoció que había una sintonía entre el espíritu franciscano y la nueva conciencia eclesial latinoamericana. No trazaremos aquí, por falta de tiempo, la ruta, pero no creo exagerar si digo que el despertar el nuevo paradigma de la vida religiosa latinoamericana ayudó claramente a nuestra Orden a acercarse coherentemente a una de sus notas identitarias más esenciales: la opción por los menores de la tierra. Esta influencia seguramente podría reconocerse en la realidad de otras órdenes y congregaciones religiosas aquí presentes. La vida religiosa de América latina y el Caribe -que incluye de por sí a muchos que no son latinoamericanos por nacimiento, pero sí en el espíritu y la sangre derramada- sirvió, con sus luces y también con sus sombras, de terapia shock a la iglesia y a la vida religiosa universal. Con la opción preferencial por los pobres se produjo una “gran revolución copernicana en el seno de la Iglesia”, cuyo significado “desbordó el contexto eclesial latinoamericano para concernir a la iglesia universal”.



## 5. El alcance de un movimiento del espíritu

Aún si nos referimos únicamente al ámbito de la teología constatamos que el radio de proyección ha sido verdaderamente asombroso. El interés por este movimiento teológico fue desbordando el ámbito latinoamericano y caribeño. No sólo cruzó fronteras geográficas, sino políticas, raciales, de género, culturales, religiosas e intelectuales. Muy pronto comenzó a hablarse de teologías de la liberación, es decir, en plural, mostrando el aspecto difuminado de su proyección, que comprende desde la teología negra, india y asiática hasta la teología judía y palestina, pasando por una teología feminista, queer, ecológica y de las religiones. Perspectivas diversas y de gran disparidad teológica, pero que comparten entre sí el común denominador de la exclusión entendida como pecado estructural, y el mismo afán de liberación, en cuanto iluminadas por una relectura crítica y contextualizada de la Palabra viva de Dios. La teología de la vida religiosa ha ido acentuando algunos de estos motivos sensibilizándose ante los diversos rostros de la pobreza, dando conveniente realce a las voces silenciadas o desoídas tanto social como eclesialmente: los negros, los indígenas, la mujer, los inmigrantes, lo interreligioso, la creación...

Con todo, la carta de presentación más importante no son los textos fundacionales, ni siquiera este importante radio de trascendencia que ha diversificado los asedios a la vida religiosa, sino el testimonio de los mártires. Ellos revelan, a través del horror de la sangre, que no se trataba meramente de un mero pensar capaz de dar razón de la esperanza cristiana, sino de una fe que lo entrega todo, que incluso acepta proféticamente pagar el precio de su osadía, al modo de Jesús. Una historia que ha dado mártires no puede ser entregada al olvido. Sin esta memoria pertinaz, la justicia, la de ayer y la de hoy, dejaría de ser actual, se haría invisible.

Los documentos de *Puebla y Santo Domingo* (1992) y *Aparecida* (2007) ejemplifican igualmente un largo proceso de madurez eclesial desencadenado en la recepción creativa del Concilio Vaticano II que hizo *Medellín*. Es este caminar latinoamericano y caribeño es el que ha llevado al papa Benedicto XVI a reconocer, tan reciente como en *Aparecida*, que en la fe cristológica está implícita la opción por los pobres. Esta es la nota característica más importante y vigente que ha aportado la iglesia y la vida religiosa de América Latina a la iglesia universal. Debe continuar siendo memoria peligrosa de los lugartenientes del Crucificado.

## 6. El ocaso de un paradigma

Es momento de reconocer que no vivimos ya en el contexto de euforia del que hemos venido haciendo memoria. Tal parece como si, de repente, cada uno de los términos del paradigma de la praxis hubiesen quedado enmarcados entre

parpadeantes signos de interrogación. En el paradigma dominante no se niegan las grandes opciones, pero lo que antes se afirmaba con determinación, se cuestiona, se relativiza o, simplemente, se ignora. Se ha ido arrinconando todo aquello que tenga aroma de compromiso social, de inserción, de utopía, aunque de hecho se vea aumentar el número de los desheredados en este mundo.

A cada generación, como ha recordado Lipovetsky, le gusta reconocerse y encontrar su identidad en una gran figura mitológica. A la luz de la problemática de nuestro tiempo diremos que los sueños prometeicos, de tanto retornar en cada nuevo esfuerzo, como Sísifo, al suelo de las frustraciones, esta generación parece replegarse cual Narciso encorvado sobre sus propios deseos. El futuro prometido, que tuvo en su día la fuerza de hacer sacrificar el presente de toda una generación, se reduce hoy al rastreo en la arena movediza del instante. La gran Razón con su bandera apolínea subida en el asta de los grandes relatos, también el de la liberación, parece ceder el paso a las dionisiacas pasiones cotidianas y a sus pequeños relatos, que no alcanzan para ondear en el horizonte abierto. ¡La fuerza histórica de los pobres! se observa ahora ante el espejo repetidamente como desgastada cuestión: ¿Qué queda de la teología de la liberación? También se escucha la pregunta: ¿Qué pasa hoy con aquel ímpetu de los religiosos y religiosas de América latina y el Caribe?

## 7. Asomo a las causas del desencanto

Sin ánimo de ser exhaustivos a la hora de desentrañar las causas del desaliento, salta a la vista que el sueño de liberación de los pobres y excluidos no tuvo feliz despertar. ¡Tantas puertas cerradas al unísono bajo la global dirección del mercado y de su amigo legitimador el neoliberalismo! No ha podido sino descorazonar la constatación de la derrota -por medios incluso electorales- de los movimientos de liberación nacional de finales del siglo XX a cuantos colocaron allí su más firme esperanza. El manifiesto auge de movimientos religiosos desligados de la práctica histórica de transformación en medio de los mismos pobres, no ha hecho sino suscitar dudas, perplejidades y enconados replanteamientos. El vertiginoso declive vocacional, también en América Latina y el Caribe, ha dejado a muchas instituciones con grandes proyectos en las manos, pero sin personas dispuestas a llevarlos a cabo. Y si a las fuerzas descritas añadimos aquellas que operan política y contradictoriamente al interior mismo de la iglesia -necesitada siempre de purificación- tendremos seguramente una comprensión más justa de la naturaleza del desencanto y de la frustración actuales.

Si nos centramos únicamente en las dos utopías que marcan nuestra historia, el socialismo y el capitalismo también vemos cómo ambas, en la práctica, presentándose como fines absolutos, sacrificaron la utopía. Una justicia que necesita suprimir la libertad para desarrollarse es, ante todo, inviable,

porque supone una naturaleza idealizada ajena a la complejidad paradójica del ser humano. El socialismo se tornó en muchos lugares intransigente, simplificador y totalitario y, por tanto, asesinó sus propias utopías de justicia e igualdad. Más allá de rémoras caricaturescas, el sistema capitalista ha quedado prácticamente solo en el escenario mundial devorando a los pobres y a la casa común de todos: la naturaleza. Se habla del fin de la historia, en cuanto que el capitalismo neoliberal existente sería ya la realización de la utopía. Lo que queda es ubicarse en las sillas del consumismo desde un derrotero individualista, consumista e insolidario.

Miremos para un lado o para otro, impera el desencanto. Seamos honestos: también en la vida religiosa. Pero no podemos caer en esa trampa: “la desaparición de la utopía lleva a un estancamiento en que el propio hombre se transforma en cosa”. La vida religiosa tiene que recordar, con Paul Ricoeur, que ella es enemiga por excelencia del absurdo, que su identidad particular es la de ser profeta del sentido: “no por voluntad desesperada, sino porque reconoce que ese sentido ha sido atestiguado por los hechos proclamados en las Escrituras”.

## 8. Cambio epocal, conversión y vuelta al fundamento

Ha quedado superada la concepción unitaria del mundo favorecida por la fe cristiana (premodernidad). Ha quedado cuestionada la confianza eufórica en el hombre racional capaz de dominar las leyes de un mundo que poco antes yacía absolutamente en manos de Dios (modernidad). Pero también atrás han quedado las euforias utópico-liberadoras de nuestro continente latinoamericano y caribeño (reverso de la modernidad). Ha comenzado otra etapa donde rige realmente la crisis y el desencanto y la emergencia de otros valores (postmodernidad). La postmodernidad anula precisamente las pretensiones utópicas de la Modernidad y, también las de su reverso. El reto es mayor que el de ayer: ser profetas del sentido, no en medio de la utopía, sino en medio del sin sentido y el desencanto.

Nos encontramos ante un verdadero cambio de época. Todo el sistema vigente hasta hoy está bajo cuestionamiento. Se escuchan gritos, de bocas dispares y no fácilmente armonizables entre sí, que anuncian el nacimiento de otra época. Este proceso de cambio epocal no irrumpe de forma clara y distinta, pues la competencia entre distintas visiones de mundo que intentan prevalecer en la época emergente genera una sensación de crisis, de confusión, de oscuridad y de desconcierto generalizado.

Este cambio paradigmático exige no sólo una actitud de simple renovación, sino un proceso más profundo y radical. Algunos, en la búsqueda de un término adecuado, hablaron de refundación, de nuevo comienzo a partir de los fundamentos, de revitalización. Sea cual sea el término que mejor convenga en el futuro, lo

cierto es que desde la perspectiva creyente se ha comenzado a percibir que vivimos dentro de una gran noche oscura colectiva y, justo allí, dentro de ella, se escucha la invitación a un replanteamiento global del sentido de nuestra existencia y de nuestras prácticas; se siente la necesidad de una verdadera conversión en nuestra vivencia de la fe. El poeta Ernesto Cardenal nos asegura que “crece en las tinieblas la pulpa palpitante de la vida”. Hölderlin ya antes había revelado que: “en el peligro de la noche crece lo que nos salva”.

## 9. Del Éxodo al Exilio

Gustavo Gutiérrez se ha adelantado a declarar que: “Más deben interesarnos los sufrimientos y las angustias, las alegrías y las esperanzas de las personas de hoy, así como la situación actual de la tarea evangelizadora de la Iglesia, que el presente y el futuro de una determinada teología” o de un modelo de vida religiosa, añadiríamos hoy. Joseph Comblin advertía que si bien ha terminado una etapa de la historia “no podemos empeñarnos en prolongarla de modo inconsciente”. Este reto de desapropiación y confianza está ahí palpitante para la vida religiosa.

De hecho, en un camino que privilegia la vida (acto primero) sobre la teología (acto segundo), se ha comenzado a hablar, ya no de éxodo, sino de exilio; no tanto para simplificar, sino para ejemplificar el fin de una época y el nacimiento de otra. Víctor Codina lo ha retratado bien: “Hoy día, no sabemos quién es el faraón, ni sabemos qué Mar Rojo hay que atravesar, ni tenemos tierra de promisión, ni tenemos caudillos que nos guíen. Estamos más bien bajo el paradigma del exilio... Y el exilio fue para Israel un tiempo de purificación, de conversión y de profundización espiritual”.

La deportación a Babilonia fue para Israel, además de una dura prueba, una época sumamente creativa, que colocó a todo el pueblo -como puede ocurrir hoy- frente a la situación de hallar nuevas formas de definir su identidad. El contraste entre lo antiguo y lo nuevo se convirtió en lo característico de la profecía exílica.

A tono con este sentimiento de exilio la vida religiosa se encuentra en una fase de latencia, que podemos comprender desde tres perspectivas:

- a. como un tiempo de purificación que se arriesga a mirar atrás y asume los errores del pasado con humilde espíritu crítico para abrirse con levedad de espíritu al presente;
- b. como reconocimiento y saboreo de los núcleos centrales innegociables de la fe, como equipaje esencial para el camino;
- c. como escucha atenta y disponibilidad ante lo nuevo de Dios que va irrumpiendo en el presente de nuestra historia (lo femenino, la ecología, el diálogo

interreligioso, el pensamiento sistémico, el ciberespacio, el multiculturalismo latinoamericano, etc.)

El hoy, como vienen ya mostrando muchos religiosos y religiosas del continente, requiere por lo menos tres horizontes de madurez humana y espiritual:

- libertad y autenticidad para asumir el pasado con mirada de agradecimiento y conversión (memoria)
- interiorización y fundamentación para anclarnos en lo esencial (mística)
- creatividad para descubrir lo nuevo de Dios en nuestro presente y reformular desde él nuestro estilo de vida (profecía)

Se trata de un replanteamiento radical de nuestro seguimiento de Cristo en nuestro hoy inédito, que se ha ido revelando como un camino místico-profético de claro talante poético-místico, más que sociológico, que parte de la contemplación activa de Dios en nuestro presente paradójico.

## 10. Salud en los nuevos signos de los tiempos

No hace mucho descubrí unos versos deslumbrantes del poeta sufí Rûmî: “Pasado y futuro ocultan a Dios de nuestra vista; quémalos con fuego”. Es decir, lo que revela al Oculto es el presente vivo. Sólo el presente tiene la fuerza de concentrar el tiempo. “El pasado y el futuro se dilucidan en él; y la flecha del futuro, lejos de orientarse hacia un mañana indefinido, apuntan hacia ese ‘ahora’ en el que sucede todo y todo se origina. El presente es esa realidad que recapitula el pasado y futuro y les confiere sentido y valor”.

Lo más lejano del horizonte de la esperanza se halla en direcciones al parecer opuestas, pero que terminan abrazándose en los sótanos de la amargura y de la desesperación: el apego al pasado y la obsesión por el futuro (casi siempre el futuro de nuestro pasado). La vida religiosa intuye que debe pasar ya de la insistencia en las fuentes que deja entrever cierto apego idolátrico al pasado, pero también de la patológica obsesión por su futuro que esconde una falta de fe en el señorío divino. En ambas direcciones la esperanza se desvanece. Es curioso que el infierno sea simbólicamente, desde Dante, el horizonte donde no hay cabida para la esperanza: «Pierdan toda esperanza al traspasarme». Ahí está la clave: no traspasar el horizonte de presente. En la medida en que salgamos en escapada hacia el pasado o el futuro, la vida religiosa, y cualquier vida, se instalará dentro de un callejón sin salida marchitándose progresivamente. Sobrará nostalgia o falso idealismo, pero faltará la perla preciada: la esperanza. Lo más cercano a su dinámica es el fluir del presente asumido con espíritu de discernimiento: «No recuerden las cosas pasadas, no piensen en lo antiguo. Miren, voy a hacer algo nuevo, ya está brotando ¿no lo notan?».

Ya sea porque el miedo y las seguridades nos hacen mirar hacia atrás

(fuera del mundo), ya sea porque el desencanto nos ha detenido en la amargura y hasta en el cinismo (ni en el mundo ni fuera del mundo) o ya sea porque estamos demasiado cerca de la realidad sin la debida distancia y discernimiento (en el mundo siendo del mundo): ¡muchos religiosos y religiosas no lo notan! Esta ceguera respecto del propio tiempo, en su debida profundidad se va traduciendo en una vida poco significativa que potencia y reproduce el vacío y el desencanto que nos rodea en lugar de ser una alternativa evangélica de esperanza. Una vida temerosa de la novedad del mundo no es propiamente una vida creyente: “asustarse de la novedad es asustarse de Dios”.

Al vagar entre estos modos reactivos de relacionarnos con el presente vivo, se tiende progresivamente a desfigurar los valores y las sensibilidades que pertenecen de suyo a la vida religiosa.

La vida religiosa se ha de caracterizar por aquella sabiduría que sabe estar en el mundo, en este mundo, sin ser del mundo, que sabe encarnarse en este mundo sin pertenecer a sus esquemas idolátricos, sino “perteneciendo” únicamente a Dios. Los valores que caracterizan a la vida religiosa se verán potenciados, elevados, hallarán su sentido (significado y orientación), y no tristemente caricaturizados, manipulados, distorsionados, empalidecidos y aquietados, sólo en la medida que entran en conexión con el Dios que se hace presente en la historia viva y en la Palabra. En el contacto con el presente a la luz de la Palabra los distintos aspectos que dan forma a nuestra vida religiosa comienzan a interrelacionarse entre sí, se alimentan mutuamente, danzan con armonía porque es la misma vida la que los une. Cuando los distintos aspectos (oración, vida fraterna, formación, misión...) no tienen necesidad de interrelacionarse, cuando se sienten cómodos cada uno en su trinchera, es porque seguramente estamos lejos de la fuerza de la vida en la dinámica del presente. Cuando la vida nos une, entonces notamos -con todo lo que somos- la presencia de lo nuevo de Dios, del Dios siempre nuevo.

Los valores esenciales de la vida religiosa se desvirtúan porque falta el Valor que les da estructura y movimiento, que les infunde esperanza. Un Valor no extrínseco, sino presente en la marea de la historia y que, cuando lo descubrimos y lo acogemos, nos envuelve en sus ondas de vida para llevarnos lejos, muy lejos en la misión. Reflejar con alegría la participación en este movimiento de la vida debe ser hoy nuestro primer anuncio, por tímido y provisional que sea.

No son los proyectos comunitarios, ni los modelos acabados de pastoral, sino la cercanía a realidad a la luz de la Palabra leída en comunidad lo que nos abre la vereda no sólo del qué, sino del cómo, del cuándo y del por qué de la vida y de la misión en clave de esperanza y nos aleja de la vida pseudo-misión predeterminada y predecible, monótona y repetitiva, miedosa y demonizadora o superficialmente cacareante y llamativa.

Francisco de Asís invitaba a brindar festivamente: «Salud en los nuevos signos del cielo y de la tierra, que son grandes y muy excelentes ante Dios y que por muchos religiosos y otros hombres son considerados insignificantes».

Para brindar hay que dejar atrás las seguridades y los grandes empeños de nuestro activismo estéril para hacernos partícipes de la fiesta de la vida cotidiana con sus luces y sombras, como boda en la que seguramente faltará el vino, pero en la que se halla presente el Señor y la ternura avizora de la madre. Para brindar hay que colgar el vestido de la tristeza y del cinismo repujado y dejarse sorprender por el infinito misterio del otro, sin olvidar que nunca dejará de ser contradictorio. Para brindar hay que frenar la prisa que emborracha tontamente para educarnos en un sorbo pausado que alegre el corazón y nos permita sobrellevar incluso el dolor con dignidad. Para distinguir el buen vino de los sustitutos genéricos o perniciosos necesitamos tiempo y espacio prolongados para ganar en el cúmulo de experiencias que precede a toda sabiduría. Y no hemos dicho lo más exquisito del brindis: en el choque de las copas uno encuentra y es encontrado. Las miradas se abrazan, se abrasan. El tintineo de las copas en la vida de san Francisco, y de tantos místicos, es la síntesis lograda de cielo y tierra, de inmanencia y trascendencia, de fe e historia, es decir, resuena lo “propiaamente” cristiano.

Juan Pablo II invitaba específicamente a los religiosos a «reproducir con valor la audacia, la creatividad y la santidad de sus fundadores y fundadoras como respuesta a los *signos de los tiempos* que surgen en el mundo de hoy» y a no limitarnos a leer los signos, sino a contribuir a «elaborar y llevar a cabo nuevos proyectos de evangelización para las situaciones actuales».

Es hora de repensar nuestra identidad y misión desde el reconocimiento tácito de que “quien no lee los signos de los tiempos corre el peligro de instalarse, de repetirse, de anular los sueños más profundos, de perder poco a poco la alegría contagiosa de la fe”. Es preciso el contacto místico-profético con el presente pues allí es donde el Misterio se nos hace permanentemente el encontradizo: en la riqueza multicultural amenazada la globalización; en el anuncio de la resurrección que llega en voz de las mujeres todavía impresionantemente acalladas; en la belleza de la creación que insistimos en destruir; en el protagonismo de los laicos que seguimos tratando como cristianos de segunda categoría; en el despertar de los sentidos que miramos aún con sospecha dualista; en la manifestación plural de la experiencia religiosa frente a la adoración de tantos ídolos dogmáticos...

## 11. Educar los sentidos

“Dios —decía Teilhard de Chardin— se halla tan extendido y es tan tangible como una atmósfera que nos bañara... El nos envuelve, como el propio

mundo. ¿Qué les falta, pues, para que puedan abrazarlo? Sólo una cosa: verlo”. Teilhard proponía, con una urgencia que se ha tornado en imperativo, una “educación de los ojos”, para que seamos capaces de ver a Dios por todas partes: “en lo más secreto, en lo más consistente, en lo más definitivo del mundo”.

En el énfasis místico de la vida religiosa latinoamericana siento la invitación de comenzar a ver, no solo desde la sociología, sino de un modo mucho más integral, como cuando de niños el mundo se abría por primera vez a nuestra admiración sin las restricciones que imponen las ideologías, sean conservadoras o liberadoras.

María Zambrano, tan ligada a las islas del Caribe, desnuda los distintos niveles del ver que necesitamos desarrollar: “No toda mirada es capaz de engendrar visiones. Algunas miradas nada ven de puro inmersas en lo inmediato; otras desprendiéndose un poco más, se enredan en espejismo; otras, llegan hasta figurarse personajes, criaturas. Pero hay una mirada genial de quien, habiendo llegado hasta un lugar privilegiado, habiendo un centro, *mira desde él creadoramente*”.

Esta es precisamente la mirada que deseamos alcanzar, una mirada que es capaz de ver a Dios en la realidad crucificada y, lejos de resignarse ante ella, apuesta y ayuda a crear un mundo nuevo. Sin casarse con la realidad, pero tampoco huyendo de ella, ve más hondo y, desde ella, se autodescubre creado y co-creador, engendrador de visiones transformadoras.

Ernst Bloch ofrece una clave iluminadora que destaca también la cercanía de la realidad, pero amparándose en el auxilio del oído: “Hay que escuchar con sentido casi musical el movimiento de la realidad y preguntar: ¿en qué dirección hay que tocar la melodía?”.

Está claro, que esta apertura de los distintos sentidos aspira a niveles de profundidad que termina reuniéndolos. Rûmî, diestro en la interpenetración mística de los sentidos, afirmaba que “cuando el oído es penetrante se convierte en ojo; si no la Palabra de Dios se queda enmarañada en el oído sin llegar al corazón”.

Necesitamos no sólo de la visión, no una mística de los ojos abiertos, sino de todos los sentidos para captar su presencia benevolente. “Dios es como el sol irradiante que está presionando en todas partes el espíritu de la humanidad, para hacerse percibir: es la palabra viva que está llamando continuamente a la sensibilidad profunda de todo hombre para hacerse sentir. Allí donde una rendija se abre a la luz, allí donde un corazón se percata oscuramente de su voz, Dios irrumpe con la impaciencia del amor e inaugura un diálogo que, aprovechando esa apertura, se va ampliando y profundizando”.

Para evangelizar hay que comenzar por desatar los sentidos, porque no se trata de una *epifanía* mágica y repentina, sino de la *diafanía* del Dios siempre



actuante que se mantiene a la espera del sí de nuestros sentidos y de nuestra libertad para comunicarse y llevarnos a lugares insospechados en nuestra vida y misión.

Paul Tillich aseguraba que una religión que no puede decir convencida que “Dios está aquí” entre nosotros, se convierte tarde temprano en un sistema de normas doctrinales o morales, de cuño conservador o liberal, da igual. Y, lamentablemente, el anuncio se convertiría en pregón al servicio del sábado.

El religioso o religiosa está llamado a ser un sabio o sabia (*sapere*): no porque sabe mucho de Dios, sino porque ha gustado de él con todos los sentidos, con todo el corazón, con todo el ser y no guarda para sí el secreto.

Por lo visto, lo que le urge actualmente a la vida religiosa del continente no es simplemente una ética de la liberación, que ya tiene bien introyectada, sino una estética, una poética de la existencia, una mística de los sentidos abiertos para contemplar la realidad a la luz de la palabra y emprender, desde esta intimidad amorosa, un camino siempre nuevo.

La poeta María Wine y tantas mujeres nos han sobresaltado relatándonos sobre un lugar marcado por la terca esperanza:

*En algún lugar*

*tiene que haber un rayo de luz  
que disipe las tinieblas del futuro  
una esperanza que no se deje matar  
por el desencanto*

*y una fe que no pierda  
inmediatamente la fe en sí misma*

*En algún lugar*

*tiene que haber un niño inocente  
al que los demonios no han conquistado aún  
un frescor de vida que no espere putrefacción  
y una felicidad que no se base  
en las desgracias de los demás*

*En algún lugar*

*tiene que haber un despertador  
de la sensatez que avise el peligro  
de los juegos autoaniquiladores,  
una gravedad que se atreva  
a tomarse en serio  
y una bondad cuya raíz no sea*

*simplemente maldad frenada  
En algún lugar  
tiene que haber una belleza  
que siga siendo belleza  
una conciencia pura  
que no oculte un crimen apartado  
tiene que haber un amor a la vida  
que no hable con lengua equívoca  
y una libertad que no se base  
en la opresión de los demás*

Yo quiero creer que puede existir ese lugar. Quiero creer que los religiosos y religiosas de del Norte, del Sur, del Este y del Oeste podemos ser uno de esos pequeños lugares vitales donde se cultiva el elixir de la esperanza. Quiero creer que podemos “ser signos humildes y sencillos de la estrella que aún titila en medio de la noche de los pueblos, atrayendo a todos hacia la centralidad de la vida”.

# ESPIRITUALIDAD DE LA CONSAGRACIÓN

Hna Josune Arregui, CCV

*La hermana Josune es Secretaria ejecutiva de la UISG*

*Original en español*

**S**e dice que nuestra sociedad, tras un ropaje agnóstico y distante de toda religión, esconde una añoranza profunda del Absoluto que nos dio la forma y el ser. Se percibe un desencanto del progreso globalizado. La esperanza, que brota espontáneamente de todo corazón humano, se siente como retenida sin saber dónde proyectarse.

Ante esta situación provocadora ¿qué podemos hacer los consagrados y consagradas?

Llevamos siglos aportando excelentes servicios de humanización y anunciando la buena noticia del evangelio de Jesús. En la nueva situación algunos de estos servicios son ejercidos por el Estado (no en todos los países) y, en una cultura hedonista y competitiva, son pocos los que muestran interés por escuchar esa buena noticia que quisiéramos anunciarles.

Además también a nosotros se nos va haciendo difícil seguir gestionando nuestras benéficas instituciones. Una buena parte de nuestros miembros están por su edad y condición retirados de servicios apostólicos activos. Nos acecha el peligro de retirarnos a recordar un pasado glorioso que diéramos por concluido.

Pero el desafío se nos hace cada vez más acuciante ¿qué podemos hacer hoy los consagrados y consagradas? ¿Cómo seguir llevando a cabo en esta situación esa “profunda renovación del mundo” (VC 25) que se espera de nosotros/as?

Esta es la reflexión que entiendo se me pide: no sólo lo que supone vivir hoy alentados por la espiritualidad de la consagración, sino cómo podemos desde ella aportar sentido a nuestro mundo.

Para ello es necesario recordar brevemente en qué consiste esa consagración que define nuestra identidad y así podremos después señalar cuáles son los rasgos que la caracterizan y cómo pueden éstos aportar belleza y sentido a nuestro mundo.

## 1. Vamos siendo consagrados/as

La vida religiosa es una forma específica de seguir a Jesús, entre otras, dentro de la Iglesia. Desde los orígenes ha habido bautizados que se han sentido invitados “no sólo a acoger el reino de Dios en la propia vida sino a poner la propia existencia al servicio de esta causa, dejando todo e imitando de cerca la forma de vida de Jesús” (VC 14) .

Esta llamada la hemos percibido como un atractivo - le llamamos vocación - en el que Dios tiene la iniciativa y que se corresponde por parte de la persona con una libre respuesta que se traduce en una forma de vida comunitaria en castidad, pobreza y obediencia para el reino. Llamada y respuesta. Sí, pero ¿es esto la consagración o hay algo más?

Nos desorienta el uso que se hace de la palabra consagrar. Unas veces se utiliza en un sentido jurídico como dedicación de lugares o cosas (un cáliz, un templo) para un exclusivo uso religioso. Tratándose de personas, consagrarse se utiliza frecuentemente como equivalente a entregarse, como una acción humana aunque sea dirigida a Dios.

Pero en realidad consagrar es hacer sagrado y ¿quién puede con-sagrar si no es el Sagrado? Desde ese enfoque hemos de decir que la consagración es una acción de Dios, el único Sagrado, que elige a algunas personas y establece con ellas una nueva relación con el fin de lleven cabo su misión - la misión de Dios - a favor de la humanidad. Por parte de Dios diríamos que consagrar es reservar, tomar posesión, invadir con su santidad y enviar. A la persona corresponde acoger la acción de Dios, dejarse consagrar y poseer, vaciarse, entregarse, consentir. Los religiosos pues no nos consagramos a Dios sino que somos consagrados/as por Él para una misión.

El elemento esencial de una profesión religiosa no es por tanto el compromiso público que hace la persona de vivir en comunidad los votos, según un determinado carisma, sino la invocación que hace toda la comunidad reunida para que descienda el Espíritu sobre la persona y la capacite para la misión recibida, asociando su oblación a la ofrenda de Cristo.

Dos son las palabras con las que se expresa esa misteriosa acción transformante del Espíritu: unción y envío.

La unción (el masaje en palabra sencilla) es una acción penetrante que impregna, vigoriza y agiliza, que dispone y capacita a la persona para ser enviada a una misión.

El envío es el impulso que conlleva esa unción: prolongar la misericordia de Dios, hacer visible la presencia de Jesús en el mundo, señalar “la infinita belleza que, sola, puede satisfacer totalmente el corazón humano” (VC 16).

Esta consagración que Dios obra en los religiosos y religiosas a través de

su Espíritu es el sello que marca nuestra identidad. Ya no podemos identificar nuestra persona al margen de esta marca transformadora. “Es Dios quien nos mantiene, a nosotros y a vosotros, fieles al Mesías; nos ha ungido, nos ha sellado y ha puesto en nuestros corazones, como prenda suya, el Espíritu” (2 Cor 1, 21).

El Consagrado por excelencia es Jesús, aquél a quien Dios “ungió con el Espíritu Santo y con poder” (Hech 10,38), aquél a quien el Padre consagró y envió al mundo (Jn 10,36). Jesús es el Christós, el ungido por antonomasia. “Su perfecta oblación confiere un significado de consagración a toda su existencia terrena” (VC 22).

En la encarnación Jesús inició un proceso de consagración que culminó en su muerte y resurrección. Su vida fue un continuo vaciamiento y, sin dejar de ser carne, fue invadido por la transparencia divina.

Esta era su identidad más profunda y por eso, al presentarse públicamente en la sinagoga de Nazaret, se aplicó a si mismo el texto de Isaías: “El espíritu de Dios está sobre mí porque él me ha ungido para que dé la buena noticia a los pobres. Me ha enviado para anunciar la libertad a los cautivos... Hoy en vuestra presencia se ha cumplido este pasaje. (Lc 4,21)

## 2. El espíritu que nos alienta

A partir de esta forma de entender la consagración religiosa, podemos tratar de definir esa forma de espiritualidad cristiana que alienta a los que hemos sido consagrados/as dentro de una familia religiosa y con la que estamos llamados/as a impregnar nuestro mundo. Estos son los rasgos que pueden definir esa espiritualidad:

### ***Pertenencia: compromiso y raigambre***

El amén por el que consentimos la acción consagrante de Dios, deja marcada nuestra identidad más profunda. No afecta sólo al estilo de vida, ni a la acción u orientación de la energía, ni a las prácticas religiosas. Es el núcleo más profundo, el eje central de la persona el que queda afectado y progresivamente transformado.

En el bautismo la identidad personal había quedado ya trascendida por la identidad cristiana y, en la profesión religiosa, la identidad cristiana queda especificada por la identidad consagrada. Dios nos ha marcado con su sello y la persona ya no puede definirse a sí misma de otra manera si no es a partir de esa consagración.

Pero la otra cara de la identidad es la pertenencia. “No es posible responder a la pregunta quién soy yo sin incluir en la respuesta a quién pertenezco”. Y la pertenencia implica vinculación, concepto no fácil de aceptar en la cultura del individualismo. Esta vinculación se refiere ante todo a Dios que nos ha “reservado”,

no como un privilegio de intimidad, sino para un ministerio al servicio de la humanidad. Y una vinculación también a la familia carismática a través de la cual se nos ha confirmado la llamada y en la que nos hemos comprometido a vivir esa respuesta.

Vinculación es el término fuerte que nos define. Si estamos consagrados/as, ya no nos pertenecemos y, al pertenecer al único que puede definirse como Yo-Soy, hemos descubierto nuestra identidad originaria y nuestra libertad más profunda.

En una sociedad en la que Dios parece ausente e innecesario, esta pertenencia, esta vinculación fuerte de los consagrados a quienes se percibe anclados en un Misterio que les da coherencia e integra todas las demás pertenencias (pueblo, familia, profesión, etc.), suscita al menos un interrogante que debilita todas aquellas afirmaciones que recortan el horizonte de la existencia humana. Los consagrados/as anuncian con la propia existencia que una belleza suprema se ha adueñado de sus vidas, y que la fidelidad en pos de aquel que va delante con una cruz redentora, no impide sino que genera la profunda felicidad que todos anhelamos.

### ***Caminantes e indicadores de camino***

Definíamos la vocación como un atractivo que se va adueñando de nosotros a medida que dejamos que Dios invada con su Espíritu nuestra vida y nos vaya haciendo semejantes a Jesús. Esta transformación es un dejar hacer, un consentir, que sólo se hace posible manteniendo fija la mirada en Jesús y caminando tras Él. “Es necesario que Él crezca y que yo desaparezca”, decía el Bautista.

Pero la profesión religiosa es dinámica; no es un hecho puntual que nos sitúa automáticamente en un “estado de perfección”, sino un acto humano y libre que desencadena un proceso que dura toda la vida y a lo largo de ella vamos haciendo opciones que la alimentan. El Espíritu atrae, madura, configura y día a día nos va haciendo al estilo de Jesús, vamos siendo consagrados/as (ungidos y enviados). San Pablo dice: “que el mismo Dios de la paz os consagre totalmente” (1 Tes 5, 23). A medida que la mirada se concentra en Él, la vida se va transformando. Por eso la itinerancia misionera no desarraiga, porque los ojos están fijos en Jesús y es esta mirada la que nos va integrando.

Ese atractivo misterioso, que crece en la medida en que consentimos que se apodere de nosotros, es el que da solidez y consistencia a nuestra vida. “Al Señor hay que irse aficionando”, decía Sta. Joaquina Vedruna para expresar este proceso humano-divino. “Si su rostro era hermoso, no lo sé - decía Martín Descalzo - sólo sé que mi alma vive del agua de mirarlo”.

En una cultura de lo efímero y desechable (usar y tirar) y en una sociedad desencantada del progreso, los consagrados/as podemos ser con el brillo de nuestros ojos - reflejo de Su mirada - como un indicador de camino que oriente

a tantos buscadores de sentido la dirección de ese tesoro que a nosotros “se nos ha dejado entender”.

### ***Comunidades fraternas y circulares***

Sabemos que nuestra forma de seguimiento a Jesús, se caracteriza por ser comunitaria, que nuestra vocación es con-vocación. Nuestro estilo de vida se nutre de la relación con un Centro que nos atrae y se verifica en unas relaciones fraternas y circulares que de ese Centro derivan. Sentir al hermano/a como uno que me pertenece, es la clave de la espiritualidad de comunión. En la vida comunitaria la energía del Espíritu que hay en uno pasa contemporáneamente a todos, decía San Basilio.

La comunión fraterna es el espacio teologal en el que se puede experimentar la presencia mística del Señor Resucitado” (VC 42). En comunidad escuchamos la Palabra, en comunidad discernimos su voluntad a través de las mediaciones y las circunstancias, en comunidad recreamos cada día las relaciones de la familia de los hijos de Dios.

Decíamos que la pertenencia a Dios se verifica en la pertenencia comunitaria. Sabemos bien que esta pertenencia que expresa la autenticidad de nuestra vida es exigente y nos compromete fuertemente, pero no sé si valoramos suficientemente el hecho de que esa misma pertenencia es una raigambre valiosa que nos sostiene y alimenta. La vida fraterna encauza las energías de los consagrados/as y sostiene su fidelidad.

Ante el feroz individualismo en que muchas veces desemboca la búsqueda de autonomía en nuestra sociedad, la comunidad tiene una fuerza atractiva que la convierte en misión. Los consagrados/as podemos presentar nuestras fraternidades concretas como posibilidad de superar día a día los inevitables conflictos de la convivencia, como una forma llamativa de organizar nuestra economía en la bolsa común que nos mantiene en sobriedad y nos posibilita compartir con los que no tienen, como el ejercicio de la autonomía de personas maduras que buscan en interdependencia el querer Dios a través de la comunidad y las estructuras que entre todos hemos acordado.

La sociedad actual y la misma Iglesia tienen “urgente necesidad” de estas comunidades fraternas.

### ***Mística de ojos abiertos***

La consagración por su referencia al Sagrado puede entenderse en formas muy diversas según las imágenes de Dios que se tengan. Dicen que lo que hace la diferencia no es tanto si creemos o no creemos en Dios, sino en qué Dios creemos. Por eso, al hablar de la espiritualidad de la consagración se hace necesario precisar que estamos hablando del Dios de Jesús.

Creemos que Jesús es Dios pero creemos igualmente que Dios es Jesús, que Él nos ha hablado a través del Hijo y que sus palabras y sus hechos son la revelación de Dios que Jesús vino a traernos, junto a la rectificación de otras pretendidas formas de entender la religión.

Le llamamos espiritualidad de encarnación para marcar distancia de todo espiritualismo y centrarnos en una vida guiada por el mismo Espíritu que alentó a Jesús a lo largo de su existencia, pero se trata de la única espiritualidad cristiana.

La consagración, al ungirnos y hacernos una “reserva para”, podría entenderse como un alejamiento del mundo pero no, seguimos a un Dios que ha decidido implicarse en la historia. En el bautismo de Jesús se rasgó el cielo y, al morir, se rasgó el velo del templo. Es decir Jesús rompe esa diferencia entre lo sagrado y lo profano. El inicio del evangelio de Mateo (1,26) nos anuncia la llegada del Emmanuel (Dios con nosotros) y el último versículo dice: “Y sabed que yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (28,20).

Si la espiritualidad de encarnación va arraigando en nosotros nuestra espiritualidad se volverá necesariamente contemplativa. Algunos le han llamado “mística de ojos abiertos” que no niega la “mística de ojos cerrados”, ya que nada puede sustituir la relación personal que alimenta esa mirada, pero subraya este otro aspecto. Rasgamos con la fe esa dura cáscara de la realidad y descubrimos el germen de vida que se esconde en las situaciones ambiguas y vemos cómo Dios va actuando en la hondura, a su ritmo.

Vivir con la mirada fija en el rostro del Señor no atenúa el compromiso por el ser humano, más bien lo potencia (cf. VC 75). La mística de ojos abiertos nos ha de llevar pues a descubrir la imagen divina deformada en tantos rostros desfigurados de nuestros contemporáneos y comprometernos, en una tarea de humanización y anuncio, a que lleguen a ser rostros transfigurados.

De este modo las comunidades insertas y humanizadoras pueden ser un gran aporte a la nueva evangelización de gente alejada de una religión ritualista pero que puede descubrir la buena noticia de que el reino está ya entre nosotros.

### **3. Hacer de la vida una ofrenda**

En “Caminar desde Cristo” nos ha dicho la Iglesia que la consagración religiosa asume una estructura eucarística y que la participación en ella aviva desde dentro la oblación renovada de la propia existencia (26).

La eucaristía es una posibilidad única que se nos brinda de hacer de nuestra vida una ofrenda juntamente con la de Cristo. En ella vamos siendo día a día consagrados/as, en ella recibimos la capacitación y el envío a la misión que hemos recibido.

Cuando Jesús dijo “Haced esto en conmemoración mía”, la mesa quedó



abierta a cuantos quieran hacer de su vida una ofrenda por el bien de todos. Abolidos los demás sacrificios del Antiguo Testamento, nos queda el “memorial” de aquella ofrenda única en la que no hay más que un solo sacerdote, Cristo Jesús, que se entrega a sí mismo y que “hizo de su nuevo pueblo un reino de sacerdotes para Dios su Padre” (Ap 1,6).

Que la Iglesia tenga instituido un ministerio para presidir este culto verdadero, no resta nada a la verdad de nuestro sacerdocio que estamos invitados/as a ejercer consciente y activamente junto a Él. No hemos de ir a misa “como extraños y mudos espectadores”, según dice el Concilio, sino que hemos de ofrecernos para bien de todos, no sólo por manos del sacerdote, sino juntamente con él. (cf. SC 48). Se nos pide pues ser con-celebrantes en la ofrenda que, junto con su Iglesia, hace Cristo al Padre.

Los consagrados/as hemos de acercarnos a beber de ese manantial como parte de un pueblo, acoger la Palabra viva, cantar la fidelidad de Dios, traer al altar las angustias y esperanzas de la gente junto a la misión de la propia comunidad y depositar allí nuestra pobre y sencilla vida consagrada. El Espíritu descenderá sobre todo ello para asociarlo al cuerpo y sangre de Jesús y lo ofreceremos al Padre para darle gloria por Cristo, con Él y en Él.

Nuestra débil fe se apoya y fortalece en la fe de la Iglesia y la eucaristía da así sentido a todo el culto de nuestra vida consagrada.

## Conclusión

Todos estamos convencidos de la dimensión profética de la vida consagrada, pero en la situación actual (increencia, injusticia, crisis económica etc.) podemos decir que es tiempo de llevar la profecía al extremo.

La VR puede aportar ante todo un “precioso impulso” y una mayor coherencia a la vida de los creyentes, muchos de ellos desorientados, escandalizados, necesitados de recuperar la identidad que les marcó en su bautismo.

Para los no creyentes la VR puede ser un anuncio existencial de la presencia de ese Dios que ellos ignoran aunque lo buscan de mil maneras.

Y en todos nuestra presencia puede avivar la esperanza de que el Reino se haga presente. La esperanza es anuncio y anticipo, la esperanza es también misión.

“De este modo la vida consagrada se convierte en una de las huellas concretas que la Trinidad deja en la historia para que los hombres y mujeres puedan descubrir el atractivo y la nostalgia de la belleza divina”. (VC 20).

## EL CELIBATO (EN CASTIDAD) EN LA VIDA CONSAGRADA AFRICANA

P. Richard Kuuia Baawobr, M.Afr.

*El P. Richard Kuuia Baawobr es superior general de los Misioneros de África (Padres Blancos). Nacido en Ghana en 1959, el P. Baawobr fue el primer africano que asumió el cargo. En 2004 se doctoró en estudios bíblicos y desde 2010 es también Canciller del Pontificio Instituto de estudios Árabes e Islámicos (PISAI) de Roma.*

*Presentó esta reflexión al Consejo de los 18 en la sede de Propaganda Fide (Roma), el 13 de noviembre de 2012.*

*Original en inglés*

**H**ace unos años, un Jesuita congolés escribió un libro sobre el celibato desde la perspectiva africana al que dio este título provocador, que hace pensar: “*Celibato consagrado para un África sedienta de fecundidad*”<sup>1</sup>. Si existe un valor particularmente apreciado en África, en el sur del Sahara (una región que conozco mejor que las demás) es éste de la vida física, de la comunicación a otros de la vida para asegurar el futuro. El celibato consagrado en África (y probablemente en otros lugares, por otras razones) aparece por tanto como una opción frontalmente opuesta a ese valor cultural. Lo cual supone un reto para muchos jóvenes que abrazan la vida consagrada. ¿Aceptan el celibato como parte del “paquete” obligado de la vida consagrada, en cuyo caso evidentemente buscarán ciertas acomodaciones, o lo *eligen* como signo de algo nuevo que da plenitud a uno mismo y al mundo, a saber, el Reino de Dios? Como miembro de un Instituto misionero, en el diálogo con mis hermanos y con hermanos de otras congregaciones me he dado cuenta de que el desafío de vivir en castidad el propio celibato es real, y no sólo para una cultura, por ejemplo la cultura africana. Veo también que, lejos de ser un factor de inhibición, puede ser al contrario una ocasión de crecer y de profundizar nuestro compromiso con Dios y con el prójimo. Mencionaré brevemente algunos dilemas pastorales (y administrativos) que se plantean a veces en nuestras Congregaciones religiosas de vida consagrada.

Creo que todos apreciaremos cualquier luz o ayuda que podamos aportarnos mutuamente.

Organizo mi exposición en torno a cuatro puntos importantes:

- El celibato: ¿llamados a aceptar un “paquete”?
- Puntos de apoyo del compromiso al celibato en África (y en todas partes)
- Crecer en África en la llamada al celibato
- Algunos dilemas pastorales: desafíos de la formación al celibato y de su vivencia.

Aunque mi modo de ver el celibato desde la perspectiva africana esté influenciado por muchos años de vida intercultural, pienso que en los Consejos, nuestra unidad de personas consagradas en torno al Evangelio es más fuerte y determinante que nuestras divergencias culturales. ¡No pierdo nunca de vista que estamos llamados a evangelizar las divergencias culturales!

## 1. El celibato: ¿parte de un “paquete”? ¡No, una llamada!

Desde mi experiencia, puedo afirmar que muchos chicos y chicas africanos muy jovencitos (monaguillos, scouts, etc.) que desean ser sacerdotes o religiosos/as para responder a lo que perciben como una llamada de Dios, no son siempre conscientes de las exigencias que ello supone. Recuerdo como si fuera ayer la expresión del rostro del sacerdote que nos sondeaba para saber qué haríamos de mayores. Yo contesté muy seguro que quería ser sacerdote. Me preguntó si estaba dispuesto a vivir el celibato. Aunque yo apenas sabía lo que la palabra significaba, le dije que sí. Lo que me atraía hacia el sacerdocio y hacia los Misioneros de África era que los sacerdotes que veía parecían personas felices y disponibles. Eran para mí modelos con los que deseaba identificarme. No sabía nada de los votos o de los consejos evangélicos, pero me sentía llamado a ser sacerdote, feliz y dispuesto a aceptar el celibato para ello, cualesquiera que fueran su significado y sus consecuencias.

Naturalmente, después, siendo alumno de secundaria y antes de ingresar en el seminario (donde entré a los 20 años) me explicaron algo más, pero aún así mi comprensión seguía siendo rudimentaria: sabía que los sacerdotes no se casaban, que no tenían hijos, etc. Era una forma negativa de ver las cosas y tardé todos los años de la formación inicial en comprender el potencial positivo encerrado en la palabra “celibato”: una llamada a vivir enteramente con Cristo, entregado a Dios y al prójimo sin limitación alguna. Una llamada que se renueva cada día.

Durante esos años de formación inicial quedé totalmente convencido de que vivir en celibato y castidad ha de ser una elección personal, y no menos que en otros sitios en el contexto africano, donde la transmisión física de la vida es tan importante.

## 2. Puntos de apoyo del compromiso al celibato en África del Sur y el Sahara

Aunque la cultura africana valora altamente la fecundidad, hay casos en que el celibato o la continencia temporal<sup>2</sup> es la actitud correcta y esperada – por elección voluntaria o por obligación – de ciertas categorías de personas, algo que deben respetar. A esa conclusión conduce un estudio llevado a cabo por Matungulu en la República Democrática del Congo, en 1980-1981, que analiza las respuestas a las preguntas siguientes:

- a) ¿hay que aceptar a alguna prohibición en lo tocante a la transmisión de la vida?
- b) ¿por qué razones?

La encuesta reveló lo siguiente:

Muchas tribus **esperan que las muchachas lleguen vírgenes al matrimonio**: lo consideran como una bendición para sus padres y para el varón que se case con ellas, así como una garantía de que permanecerán fieles a su único esposo.

**En tiempos de guerra o de competición**: como ocurría en tiempos bíblicos, es de esperar que los hombres involucrados se abstengan de relaciones sexuales para que se concentren totalmente en lo que están haciendo y consigan la victoria<sup>3</sup>.

**En tiempos de sequía y otras calamidades**: los hombres deben abstenerse de relaciones sexuales para dar a la naturaleza la oportunidad de regenerarse y proporcionar de nuevo lo necesario a la familia humana.

**Durante los duelos**: las parejas no mantendrán relaciones sexuales; hombres y mujeres se separarán y dormirán solos, pues si no lo hacen es de temer que la persona muerta perturbe a los supervivientes.

Añado dos otros casos que reclaman un comportamiento de continencia temporal:

A veces, por parte de los **sacerdotes de religiones tradicionales**, los días previos a la ofrenda de ciertos sacrificios.

**Durante los ritos de iniciación**: el periodo de iniciación es un periodo de transición<sup>4</sup>. En términos teológicos podríamos decir que es un “ya” y un “todavía no”. No se trata aún de personas adultas, pero ya se les enseña lo que han de saber de cara a asumir sus futuras responsabilidades de hombres/mujeres jóvenes y adultos. Durante ese periodo, aunque el potencial ya esté ahí, la actividad sexual queda prohibida y está severamente castigada. Se mantiene una separación estricta entre chicos y chicas; los chicos son iniciados por varones, y las chicas por mujeres.

Todos estos casos recuerdan, según Matungulu, que la vida no se valora tan sólo por lo que es en sí misma, sino por lo que supone para la familia, el clan, la tribu, la nación. Es algo que hay que saber apreciar y recibir como un bien, algo que debemos proteger. Por consiguiente, hay que rechazar cuanto puede atentar contra ella en un momento dado. **Mucho antes de que el Evangelio fuera proclamado, nuestros antepasados eran conscientes de que en la continencia y gracias a ella surge una fuerza vital, una fuente de vida y de crecimiento humano.** Se practicaba rigurosamente en ciertos momentos de la vida. Se sigue practicando para **salvaguardar y fortalecer esa vida que procede de Dios y nos llega a través de nuestros ancestros.** El Muntu tradicional que practica la continencia periódica no lo hace por amor a la continencia, sino por amor a la vida.

Desde mi punto de vista es ahí donde, como africanos, encontramos un punto de apoyo de nuestro compromiso al celibato. La vida que recibimos de Dios y que intentamos promover se manifiesta en plenitud en la persona de Jesús, en su mensaje, en su estilo de vida. El celibato es una forma de decir a todos, a través de nuestra persona, que el Reino de Dios ya está aquí y que ha de llegar en plenitud. En este periodo del “ya / todavía no”, aceptamos ser signos de los valores del Reino. Nuestro compromiso nos recuerda y recuerda a los demás que la vida es mucho más que la vida física. Es una forma de seguir comunicando vida por otros cauces. ¡Y no menos real que la de una pareja gratificada con numerosos hijos, nietos y bisnietos!

### **3. Crecer en África (y en todas partes) en la llamada al celibato**

Durante los años que he pasado en el ámbito de la formación, sea como candidato, sea como educador o ahora como superior, he llegado a la conclusión de que **el celibato, vinculado en el rito latino a la llamada a la vida consagrada, ha de estar profundamente enraizado en el deseo de permanecer con el Señor e imitarle en su obediencia, castidad y pobreza, lo cual al mismo tiempo nos capacita para permanecer continua y totalmente disponibles a nuestros hermanos y hermanas.** Ésta mi forma de ver combina la de **Matungulu Otene**<sup>5</sup>, Jesuita congoleño, la de **Aylward Shorter**<sup>6</sup>, antropólogo británico Misionero de África que lleva muchos años trabajando allá y ha escrito ampliamente sobre el tema, y la del Dominicano sudafricano **Albert Nolan**<sup>7</sup>.

#### **3.1. Castos y célibes con Cristo**

**Matungulu** observa oportunamente que en la visión Bantú del mundo, tal y como la expresan las lenguas del África oriental, del África central y del África del sur, **el concepto “tener” es en realidad una extensión del concepto**

“**ser**”. La palabra “tener” se dice “ser/estar con”<sup>8</sup>. En Lingala, por ejemplo, si quiero expresar que “soy sacerdote”, diré “*Nazali Nganga-Nzambe*”, mientras que para decir que estoy con un sacerdote diré “*Nazali na Nganga-Nzambe*”. Esto indica que “ser”, para los Muntu y para muchos otros africanos del sur del Sahara, significa realmente “ser con”, estar en comunión con las cosas, con otras personas, con los espíritus y con el Ser supremo (Dios). Nada es más cierto en esos lugares. Encontramos la misma idea en la expresión: “ninguna persona es una isla / está aislada”. Nos necesitamos unos a otros.

Responder conscientemente a la llamada a la vida consagrada es optar por “ser con” Cristo, de forma que nuestra vida refleje la que él vivió. Partiendo de dos de los textos bíblicos citados por Matungulu, quiero destacar que:

- Mc 3, 13-14 – los Apóstoles fueron llamados y elegidos para “*estar con él [Jesús]...*” antes de ser enviados;
- Mt 28, 20 – el Señor resucitado promete: “*Estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo...*”

Jesús vivió la castidad para entregarse a los demás, como vivió la pobreza para compartir lo que tenía, en total obediencia, abierto y enteramente disponible a la voluntad del Padre. Su experiencia de vaciamiento de sí mismo (*kenosis*), que san Pablo pone de manifiesto en su carta a los Filipenses, merece ser considerada con atención. Pienso personalmente que Shorter subraya con buen criterio (dentro de ciertos límites) la **kenosis cultural** importante que supone vivir los consejos evangélicos en general y el celibato en particular. Escribe lo siguiente:

**“El celibato implica una profunda donación de uno mismo tan imbricada en las raíces de la personalidad humana como la sexualidad, que forja nuestra identidad propia. El celibato en castidad de un hombre / de una mujer es una donación, un ofrecimiento de sí mismo a Dios. Dios es la fuente de esa forma de vida libremente abrazada, y los deseos y frustraciones vinculados a la vivencia íntima del celibato son signos y medios de profundizar la relación con Dios. El celibato es un combate que pone a prueba permanente los recursos íntimos de la persona consagrada. Es una renuncia que conduce a una disponibilidad y a una libertad cada día mayores<sup>9</sup>.”**

Es un vaciamiento de nosotros mismos para que Cristo nos llene. Como dice el refrán, “¡en un vaso lleno de vinagre no cabe la miel!”

Según Shorter, **la pobreza es el “voto-raíz”<sup>10</sup>**, pues la obediencia y la castidad no son sino el desasimiento de uno mismo reclamado por la vida consagrada. El celibato es específicamente ofrecimiento, donación de uno mismo a Dios, con consecuencias positivas para la propia vida y para la de los demás: **“el celibato es una kenosis, una ‘pobreza’ que puede enriquecer a los demás. Es una forma cultural de desasimiento propio en aras a un bien**

*superior, a saber, la práctica de un amor universal, olvidándose a sí mismo*”<sup>11</sup>.

Continuando la exploración del concepto podemos, con el Dominicano sudafricano Albert Nolan<sup>12</sup>, descubrir más profundamente el contenido positivo del celibato. **No es una imitación de Cristo como hombre que no se casó, sino como hombre totalmente disponible a Dios y a los demás, y por consiguiente capaz de amar a todos con libertad, sin deseo de poseer a la persona amada.** Eso es lo que proclama fuertemente el celibato en África (y en todas partes): es signo de los valores conectados con el don la vida y con la vida que Dios nos ofrece en plenitud en Jesús (Jn 10, 10).

En palabras de Nolan: “*Positivamente, [el celibato] es promesa solemne de amar a todos, de involucrarse en un tipo de amor que incluye a todos los seres humanos. El voto es una forma peculiar de comprometerse a un amor universal, incondicional e inclusivo*”. Cita seguidamente esta frase de Joan Chittister: “La castidad no tiene que ver con la privación del amor. Consiste en **aprender a amar bien, a amar con grandeza, con magnanimidad.**”<sup>13</sup>.

Veamos a continuación este segundo aspecto del compromiso al celibato.

### **3.2. Disponibles para nuestros hermanos y hermanas**

En *Africa Munus*, el Papa Benedicto XVI subraya que las personas consagradas están llamadas a ofrecer un testimonio creíble de su llamada por su capacidad a ser agentes de reconciliación, de justicia y de paz en la familia de Dios que es la Iglesia africana. Una forma de realizarlo es vivir el celibato. El Santo Padre escribe:

**“Edificad las comunidades cristianas con el ejemplo, viviendo con verdad y alegría vuestros compromisos sacerdotales: el celibato en castidad y el desapego de los bienes materiales. Vividos con madurez y serenidad, estos signos son particularmente conformes al estilo de vida de Jesús, expresando «la dedicación total y exclusiva a Cristo, a la Iglesia y al Reino de Dios»**”<sup>14</sup>.

A este testimonio de la vida consagrada lo llamamos frecuentemente **testimonio profético**<sup>15</sup> porque nuestra vida, como la de los profetas, **anuncia** que otro mundo (reflejo de los valores del Dios-con-nosotros) es posible; que no siempre somos fieles a nuestra misión de hacerlo advenir (**denuncia** en nombre de Dios); y que estamos dispuestos a poner manos a la obra para que se haga realidad (**compromiso**). Profetas, hablamos en nombre de Dios, expresando abiertamente el desafío a superar los valores comúnmente aceptados, en este caso lo que algunos llaman cultura del pan-sexismo o del sexo instantáneo<sup>16</sup>; ¡que, en realidad, es una explotación del sexo!

Para ello es importante fomentar en las **comunidades un sólido apoyo fraterno**<sup>17</sup> que posibilite compartir a un nivel más profundo que el del mero programa de trabajo. Aquí entran en juego el deseo y la experiencia de *koinonia*.

Es importante estar atentos, como los primeros cristianos, a las necesidades del hermano o la hermana con quienes compartimos una vocación común, ofrecernos mutuamente apoyo. Cito de nuevo *Africa Munus*, donde el Papa Benedicto XVI retoma esta definición de la espiritualidad de la comunión, del Beato Juan Pablo II:

*“[consiste en] ser capaces de reconocer la luz del misterio de la Trinidad también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado; estar atento «al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico, considerándolo como “uno que me pertenece”, para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad»; la capacidad de reconocer lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como un don que Dios me hace a través de aquel que lo ha recibido, más allá de su persona, que se transforma entonces en un administrador de las gracias divinas; en fin, «saber “dar espacio” al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. Ga 6, 2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos acechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias.»*

*De este modo, maduran hombres y mujeres de fe y de comunión, que dan prueba de valentía con la verdad y la abnegación, e iluminados por la alegría. Dan también un testimonio profético de una vida coherente con su fe. María, Madre de la Iglesia, que supo acoger la Palabra de Dios, es su modelo: por su escucha de la Palabra, Ella alcanzó a comprender las necesidades de los hombres y a interceder por ellos con compasión. (35)*

El Santo Padre menciona esta actitud como camino que conduce a la reconciliación, la justicia y la paz; desde mi punto de vista es al mismo tiempo una excelente ilustración de la calidad de comunión deseable en nuestras comunidades si queremos ayudarnos unos a otros a vivir nuestro compromiso al celibato. Puesto que todos deseamos amar y ser amados, puesto que creemos que Dios nos ha llamado a todos y cada uno de nosotros, ayudarnos mutuamente a vivir la llamada al celibato es el primer paso de nuestro testimonio profético. Comunidades así no sólo apoyan al otro, sino que ayudan también al entorno.

#### **4. Algunos dilemas pastorales: desafíos de la formación al celibato y en su vivencia**

Cuando las cosas no van bien en el trabajo pastoral, tendemos a imputarlo a un programa deficiente de formación inicial. Echamos en cara a esa formación y a su proceso el no habernos preparado suficientemente a afrontar tal o tal



cuestión, o el haberla ignorado, o el haberla enfocado mal. Sea como sea, reconozcamos que por más que el proceso de formación inicial intente realizar su cometido, como seres humanos que somos, siempre constituiremos un misterio incluso para nosotros mismos; que evolucionamos continuamente bajo la influencia de los acontecimientos de la vida y de las personas que frecuentamos. Mencionaré sólo tres áreas de esa influencia que ejerce presión sobre nosotros; son como tres puntas de iceberg reveladoras de cuestiones muy profundas, e ineludibles.

#### ***4.1. Los efectos de la modernización / mundialización***

África no queda aislada del resto del mundo. Nos alcanza constantemente lo que ocurre en otros lugares, con lo cual se van erosionando algunos de los valores culturales que mencionaba al principio. No siempre son reemplazados por otros mejores o igual de buenos. ¡El relativismo se infiltra en lugares insospechados! ¡La cultura africana pura e incontaminada ya no existe, ni siquiera en los rincones más remotos de la selva! ¿Cómo integrar la modernización /mundialización sin echar a perder los valores que nos ayudan actualmente a vivir el compromiso al celibato?

#### ***4.2. La influencia de la información tecnológica***

Con el advenimiento de una tecnología de la información más desarrollada (e-mail, Internet, skype, etc.), no es fácil mantener la calidad y la intensidad de la vida comunitaria al abrigo de las amenazas de interferencias externas. Ha ocurrido en varias ocasiones que personas ajenas a la comunidad conocieran mejor que nosotros las alegrías y combates de un hermano o hermana con quien convivimos. Nunca podremos saberlo todo, pero cuando la mayor parte de las energías afectivas se gastan en “relaciones virtuales”, las consecuencias pueden ser negativas para una comunidad donde intentamos ayudarnos unos a otros.

#### ***4.3. Situaciones canónicas irregulares***

Aunque el Derecho canónico del rito latino prevé sanciones que incluyen la reducción al estado laico en ciertos casos de conducta sexual reprobable, existen instancias a las que recurrir cuando algunas personas se niegan rotundamente a iniciar un proceso [de conversión] pese a repetidas advertencias. ¿Serán siempre la expulsión de la familia religiosa y la reducción al estado laico las únicas salidas posibles?

### **A modo de conclusión**

Me he limitado a compartir con ustedes algunas reflexiones sobre el celibato, incompletas y desde mi perspectiva limitada, debo admitirlo, pero fundamentalmente, si muchos de nosotros nos seguimos esforzando por vivir el

celibato a pesar de la lucha que implica, es porque da sentido y nos comunica vida de hijos de Dios y discípulos de Jesús. Promociona la vida mucho más de lo que creemos. Es, en palabras de Francis Moloney, biblista salesiano, nuestra forma de reconocer, como Jesús,

*“la inmensa presencia del Reino de Dios que nos invade progresivamente. En otras palabras, nuestra perseverante opción por la castidad resulta inteligible como opción que emana de una experiencia religiosa decisiva, igual que la opción de contraer matrimonio emana de una experiencia [de amor] decisiva”*<sup>18</sup>.

En eso consiste, según Moloney, y estoy de acuerdo con él, ser “eunuco por causa del reino de los cielos” (Mt 19, 12), “preocuparse por las cosas del Señor” (1 Co 7, 32-35) hasta el punto de abrazar una vida en celibato.

Como María, renovemos nuestro “sí” escuchando atentamente cada día a Dios y al próximo.

<sup>1</sup> Publicado en Kinshasa por las ediciones Saint Paul Afrique, 1982; traducción oficial por Louis C. Plamondon (*Celibacy and the African Value of Fecundity*, Spearhead, n° 65, Eldoret, Gaba Publications, 1981).

<sup>2</sup> Otene Matungulu, *Être avec le Christ chaste, pauvre et obéissant. Essai d'une spiritualité bantu des vœux*, Kinshasa, Editorial Saint Paul Afrique, 1983, p. 31-33.

<sup>3</sup> Otene Matungulu, *Être avec le Christ*, 32.

<sup>4</sup> Cf. A. Shorter, *Celibacy and African Culture*, Nairobi, Ediciones Paulinas Africa, 1998, p. 35-40, que desarrolla el tema en términos de celibato y liminalidad.

<sup>5</sup> Otene Matungulu, *Être avec le Christ*.

<sup>6</sup> A. Shorter, *Celibacy and African Culture*, Nairobi, Ediciones Paulinas Africa, 1998.

<sup>7</sup> Albert Nolan, *Hope in an Age of Despair and Other Talks and Writings* [edición establecida y presentada por Stan Muyebe], New York, Orbis Books, 2009, p. 112-119.

<sup>8</sup> Otene Matungulu, *Être avec le Christ*, p. 7.

<sup>9</sup> A. Shorter, *Celibacy and African Culture*, p. 13.

<sup>10</sup> A. Shorter, *Celibacy and African Culture*, p. 13.

<sup>11</sup> A. Shorter, *Celibacy and African Culture*, p. 42.

<sup>12</sup> Albert Nolan, *Hope in an Age of Despair and Other Talks and Writings* [edición establecida y presentada por Stan Muyebe], New York, Orbis Books, 2009, p. 112-119.

<sup>13</sup> Albert Nolan, *Hope in an Age of Despair*, p. 114.

<sup>14</sup> Benedicto XVI, *Exhortación apostólica post-sinodal Africae Munus sobre la Iglesia en África al servicio de la reconciliación, la justicia y la paz – “Vosotros sois la sal de la tierra... Vosotros sois la luz del mundo”* (Mt. 5, 13-14), n° 111.

<sup>15</sup> A. Nolan (*Hope in an Age of Despair*) titula su capítulo dedicado a los votos “La vida consagrada como testimonio profético”. Ver también Francis J. Moloney, *Disciples and Prophets. A Biblical Model For Religious Life*, Bombay, St Paul Publications, 1980, p. 85-117.

<sup>16</sup> A. Shorter, *Celibacy and African Culture*, p. 29.

<sup>17</sup> Otene Matungulu, *Être avec le Christ*, p. 37-40; A. Shorter, *Celibacy and African Culture*, p. 46-47.

<sup>18</sup> Francis J. Moloney, *Disciples and Prophets*, p. 116.

# ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL MINISTERIO DE JUSTICIA Y PAZ DE LA IGLESIA COMO CONTRIBUCIÓN AL ADVENIMIENTO DEL REINO DE DIOS

P. John Fuellenbach, SVD

*El P. John Fuellenbach, SVD, enseña Teología Fundamental en la Universidad Gregoriana (Roma) y en el Colegio san Beda (Escuela de Teología san Agustín, Alemania). Además de esa actividad docente, dirige desde hace 30 años seminarios, talleres y retiros espirituales.*

*Original en inglés*

## El mensaje central de Jesús: el Reino de Dios

**A**ctualmente, la opinión unánime de teólogos y exégetas es que el tema y mensaje central de Jesús es el Reino de Dios. Una breve ojeada a los Evangelios es suficiente para ver que a Jesús lo movía (por así decir) una visión, que él expresaba con estas palabras: “He venido a traer fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera encendido!” (Lc 12, 49). Su visión contiene dos conceptos o símbolos básicos. El primero es la palabra **Abba**, la expresión humana con que Jesús designa a Dios; lo experimenta tan intensamente que dice que hacer la voluntad de Dios es su alimento. El segundo es la expresión **Reino de Dios**, con la cual se refiere al plan de Dios sobre todo lo creado. Jesús habla del Reino en 92 ocasiones. Muchas parábolas reflejan su visión de ese Reino que él trae al mundo. La expresión *Reino de Dios*, por consiguiente, condensa cuanto Jesús quería decir y comunicar. Podríamos decir que vino al mundo para traernos el Reino, que se hizo uno de nosotros para que pudiéramos compartir con él y por siempre la vida del Reino de Dios.

Esta visión, que san Pablo describe como “*el inescrutable misterio escondido desde siglos en Dios, Creador de todas las cosas*” (Ef 3, 3-11), hemos de entenderla a la vez como *crístocéntrica* y *abarcándolo todo*.

En primer lugar, *crístocéntrica* significa: que por Cristo y para Cristo todo fue creado, todo será recreado y todo encontrará en él la plenitud. La

encarnación es el origen y el fin de la creación. En palabras de san Pablo,

*Él es Imagen de Dios invisible, Primogénito de toda la creación, porque en él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, los Tronos, las Dominaciones, los Principados, las Potestades: todo fue creado por él y para él, él existe con anterioridad a todo, y todo tiene en él su consistencia. Él es también la Cabeza del Cuerpo, de la Iglesia: Él es el Principio, el Primogénito de entre los muertos, para que sea él el primero en todo, pues Dios tuvo a bien hacer residir en Él toda la Plenitud, y reconciliar por él y para él todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz, lo que hay en la tierra y en los cielos. (Col 1, 15-20)*

En segundo lugar, *que lo abarca todo* significa: que concierne a cuanto ha sido creado “*en los cielos y en la tierra.*”

Así pues, el Reino de Dios no es una visión cualquiera. Como lo subrayan muchos estudiosos, es la más grandiosa visión que el mundo haya conocido jamás. Puede ocupar el vacío dejado por las ideologías del siglo pasado, a las que nadie da crédito ya. Jesús vivió, trabajó, sufrió y murió por el Reino de Dios. Y lo confió a sus discípulos y a la Iglesia. El Reino de Dios se nos desvela como el tema central de la Biblia. Es la consumación de la historia, la realización del designio de Dios sobre la creación entera. Brinda “el más poderoso símbolo de esperanza” de la historia de la humanidad. Sitúa al creyente ante una llamada y un proyecto muy por encima de su propia dimensión personal. Sí, merece la pena trabajar por el Reino de Dios, vivir, sufrir e incluso morir por él.

## **El Reino, presente ya en este mundo y a la vez mundo futuro que ha de venir**

Jesús no consideraba el Reino que proclamaba como algo que perteneciera única y exclusivamente al mundo futuro. Su visión del Reino deja espacio para que lo interpretemos como presente ya en este mundo y al mismo tiempo como mundo futuro anunciado, en discontinuidad con las circunstancias de la historia presente. El futuro, tal y como lo entiende la Biblia, es algo cualitativamente nuevo, que no está al alcance de los planes y capacidades de los hombres; es algo que sólo podemos recibir. El símbolo del Reino toma en serio al mundo y a los esfuerzos humanos en la historia, pero sin renunciar a la apertura a un futuro trascendente en la plenitud de Dios. Porque en definitiva, sólo Dios puede garantizar la realización de las aspiraciones humanas más profundas. Ahora bien, no es menos importante tomar conciencia de que el Reino de Dios se encarna en la historia, en la sociedad humana y en el mundo. Aunque no se identifica pura y simplemente con el mundo, es identificable en el mundo. Podríamos decir que el Reino se muestra en la sociedad y que en ella lo podemos

encontrar, aunque esta sociedad no sea el Reino. Así lo expresa la única definición bíblica que de él tenemos, en Rm 14, 17:

*“El Reino de Dios es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo”.*

Con las palabras *justicia, paz y gozo* describe el Apóstol el contenido del Reino de Dios, viéndolo como algo que está ya concretamente presente en la comunidad escatológica. Podemos decir que esas tres características son los valores fundamentales del Reino. Albert Schweitzer decía que esta definición de san Pablo es “un Credo para todos los tiempos”; la podemos considerar como una regla de fe de la conducta cristiana.

Sustancialmente, *paz* significa lo contrario de “guerra”: el orden social, la tranquilidad del orden. *Justicia* significa justicia, la virtud específica de las relaciones sociales. Y *gozo*, aunque tiene una dimensión individual, puede significar también el júbilo ocasionado precisamente por los beneficios que traen consigo la paz y la justicia. Son realidades destinadas a ser vividas ya en esta vida, no solamente algo que acontecerá al final de los tiempos. Así pues, si el Reino de Dios significa la transformación de esta tierra en la plenitud del Reino que aún está por venir, la Iglesia tiene la obligación de alzarse y promover los tres valores del Reino ya en este mundo. En definitiva, éste fue el punto de vista que dio lugar a la creación de las comisiones de Justicia y Paz, consideradas desde el Vaticano II como *parte integrante de la Evangelización*.

*Los cielos nuevos y la tierra nueva* se entienden ser este mundo transformado, renovado, purificado y hecho nuevo. Sí, este mundo viejo, impregnado de culpas, corrupto, este mundo donde hay tanto odio, egoísmo, opresión, desesperación y sufrimiento es el objeto de la transformación. Se transformará en algo totalmente nuevo. Nuestro mundo es el escenario donde se va desplegando el plan final de Dios para la creación. El Reino de Dios adviene aquí, en el trasiego de nuestros asuntos humanos. Está hecho para este mundo, aquí y ahora. Se manifiesta ya ante nosotros, aunque su plenitud no ha llegado aún. Este aspecto del Reino presente ya en el mundo lo ha expresado muy deliberadamente el Vaticano II:

*[...] Por ello, aunque hay que distinguir cuidadosamente progreso temporal y crecimiento del reino de Cristo, sin embargo, el primero, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al reino de Dios.*

*Pues los bienes de la dignidad humana, la unión fraterna y la libertad; en una palabra, todos los frutos excelentes de la naturaleza y de nuestro esfuerzo, después de haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y de acuerdo con su mandato, volveremos a encontrarlos limpios de toda mancha, iluminados y trasfigurados, cuando Cristo entregue al Padre el reino eterno y universal: “reino de*

*verdad y de vida; reino de santidad y gracia; reino de justicia, de amor y de paz". El reino está ya misteriosamente presente en nuestra tierra; cuando venga el Señor, se consumará su perfección. (Gaudium et Spes, 39)*

## **La salvación considerada desde un punto de vista universal (perspectiva subrayada por el Vaticano II)**

El punto de vista que prevaleció en el Vaticano II reafirmaba la visión defendida por los Padres de la Iglesia, a saber que la creación es el escenario del plan de redención de Dios. La creación fue concebida en Cristo, realizada por Cristo, redimida en Cristo, y encontrará su plenitud final en Cristo. La encarnación del Señor demuestra que la salvación tiene lugar aquí y ahora, en nuestro mundo concreto. La salvación no es algo fuera del mundo, sino algo que se experimenta en y para este mundo (Col 1, 15-20). Es el plan definitivo de Dios para toda la creación.

Si aceptamos esto, cambia nuestra comprensión de la salvación. Salvarse no significa ser retirado de este mundo y ser transferido a otro lugar. Salvarse significa seguir formando parte de la creación que se transformará en Cielos nuevos y Tierra nueva. Yo me salvaré porque la creación en su totalidad será salvada. Mi salvación está encastrada en la salvación de la humanidad. Puesto que mis hermanos y hermanas serán salvados, yo me salvaré porque soy solidario de su suerte. En realidad, es impropio hablar de salvación individual, porque cada uno de nosotros está vinculado de mil maneras con los demás y con la creación entera. La salvación que se nos ofrece en Jesús afecta a todo el universo.

## **La Iglesia y el Reino**

Algo muy importante a tener en cuenta en cualquier consideración sobre el ministerio de Justicia y Paz es el hecho de que el Reino de Dios actualmente presente en la historia *no es idéntico* a la Iglesia, sino que se extiende más allá de sus fronteras, ya que concierne a toda la creación. El ordenamiento de estos tres conceptos – (Reino – mundo – Iglesia) – es esencial. La Iglesia no tiene su finalidad en sí misma, sino que está al servicio del Reino, que a su vez va realizando la transformación de todo lo creado. En palabras del Vaticano II, en la Iglesia, el plan eterno del Padre se ha realizado y manifestado en Jesucristo: conducir a la humanidad a participar de su gloria eterna (cf. LG). La Iglesia está así considerada desde el ángulo de su relación con el advenimiento del *misterio escondido desde siglos en Dios* (Col 1, 16; ver Ef 3, 3-9; 1 Co 2, 6-10). Es decir, que la Iglesia ha de ser vista en esa amplia perspectiva del plan salvífico de Dios, que abarca a todos los hombres y a toda la creación (1 Tim 2, 4; Rom 8, 22 s.).

## El Reino presente en la Iglesia

Aunque no podamos identificar el Reino con la Iglesia, esto no significa que el Reino no esté presente en ella. La palabra *Iglesia* aparece raramente en las enseñanzas de Jesús, pero la idea de la comunidad mesiánica, intrínsecamente vinculada con el Reino, tiene el mismo contenido que el concepto de Iglesia. Por consiguiente, es correcto decir:

*“El Reino de Dios y la Iglesia son dos conceptos clave del Nuevo Testamento. Los dos son esenciales para captar el plan de Dios sobre la humanidad. Son indispensables para el cumplimiento de su designio de salvación. Aunque la Iglesia no pueda ser identificada con el Reino, ya que este último abarca más, ambos están sin embargo en relación tan estrecha que tampoco son separables.”* (Kuzmic, *Church and Kingdom*, p. 49).

El Reino engendra a la Iglesia y la mantiene constantemente viva. Así pues, podemos decir que el Reino se hace presente en la Iglesia de una manera particular. La Iglesia es la “realización inicial” o la “anticipación profética” del Reino (LG 5). En segundo lugar, la Iglesia es un medio o sacramento a través del cual el plan de Dios sobre el mundo se va realizando a lo largo de la historia (LG 8 y 48).

## Conciencia del Reino

Por consiguiente, la identidad de la Iglesia depende en última instancia de la conciencia que tiene del Reino, basada en las Escrituras, una conciencia que incluye los siguientes aspectos:

1. Tener conciencia del Reino significa vivir y trabajar con la firme esperanza de que al final el Reino de Dios triunfará. Pese a las evidencias contrarias, los cristianos del Reino se mantienen firmes en la convicción de que Dios hará desaparecer finalmente todo mal, odio e injusticia. Creen firmemente que la levadura del Reino está ya fermentando la masa de la creación, según una de las parábolas de Jesús. Esto les da a los cristianos una confianza idealista y audaz que les permite continuar haciendo lo que otros dicen que es imposible o inútil hacer.
2. Comprender el Reino de Dios significa saber que la línea de separación entre lo sagrado y lo profano no existe en la realidad concreta. El Reino de Dios significa que *todo* está sujeto a la soberanía de Dios y que, por consiguiente, todo es asunto de Dios. Todas las esferas de la vida interesan al Reino.
3. Tener conciencia del Reino significa que el trabajo que hacemos es más que un trabajo de Iglesia. Los cristianos que comprenden lo que significa el Reino de Dios saben que trabajan por el Reino, no solamente por la Iglesia.

Ven que cualquier actividad tiene que ver en definitiva con el Reino de Dios.

4. Desde la perspectiva del Reino, la preocupación por la justicia y el compromiso concreto con la Palabra de Dios van necesariamente unidos. La conciencia de lo que es el Reino de Dios según la Biblia resuelve la tensión entre esas dos realidades vitales. Quienes están comprometidos con el Reino quieren ganar gente a la fe personal en Cristo Jesús, porque el Reino es el más profundo deseo de cualquier corazón humano. Están también comprometidos con la paz y la justicia a todos los niveles de la sociedad, porque el Reino abarca todas las cosas del cielo y de la tierra (Ef 1, 10), y el bienestar de cada uno, y todo lo que Dios ha creado.

Los que se consagran al ministerio de Justicia y Paz no son únicamente agentes de desarrollo humano. Quieren servir la misión de Cristo y llevar a Cristo al mundo a través de su ministerio, acercar a los hombres a la voluntad salvífica de Dios, que Él ofrece a todos.

5. Ya desde ahora podemos experimentar en el Espíritu Santo la realidad del Reino de Dios; el Espíritu comunica al creyente las primicias de la plenitud del Reino, aquí y ahora. El pueblo del Reino, en particular mediante la Liturgia, anticipa el gozo del Reino. El ministerio de Justicia y Paz constituye un carisma bíblicamente hablando, es decir, un don del Espíritu Santo para testimoniar concretamente la presencia del Reino. Como tal ha de ser apreciado por todos los miembros de la Iglesia: como una clara manifestación de la poderosa presencia del Reino en nuestra vida cotidiana (ver M. Bork, *Models of the Kingdom*, pp. 154-155).

## Observaciones finales

Es fácil encontrar puntos de apoyo teológicos del ministerio de Justicia y Paz de la Iglesia en la teología desarrollada después del Concilio Vaticano II. La resistencia tantas veces deplorada a ese ministerio está más bien relacionada con la falta de integración de esa dimensión de la fe en nuestra espiritualidad cristiana, por no entender que es una exigencia fundamental del discipulado de Jesús, que ha de ser llevada a la práctica en las situaciones concretas en que nos encontramos cada uno. Afrontar los problemas de justicia y paz no es “ir de excursión”, es algo que requiere valentía y dedicación a una misión que nos ha sido confiada.

Es previsible que los que asumen tal ministerio experimentarán a veces en sus órdenes religiosas respectivas cierta falta de reconocimiento y de interés por lo que hacen y promueven. Cambiar la espiritualidad es un proceso largo y muchas veces doloroso. Que no se desanimen y que recuerden que, como decíamos, no es el éxito, sino la fidelidad a la misión que se les ha confiado lo que cuenta para el Reino de Dios. Un perseverante proceso de sensibilización



a los problemas de justicia y paz es seguramente lo que aún necesitan la mayoría de las comunidades. Ofrecer a sus comunidades, por su mera presencia, la oportunidad de ir tomando conciencia de ese aspecto integrante de la misión cristiana puede ser exactamente lo que más requieren. Considerado desde este punto de vista, su ministerio se transforma también en un ministerio a favor del crecimiento de la espiritualidad misionera de su comunidad; son, digámoslo así, misioneros de sus propias comunidades.

Nuestra esperanza en el mundo futuro no se apoya en un puro optimismo humano; se apoya únicamente en la inquebrantable certeza de que Cristo, el crucificado, ha resucitado. Es una esperanza contra toda esperanza: Dios hará que esa gran visión, el Reino de Dios, se haga realidad, como lo profetiza Isaías (Is 25, 6-8):

*Hará Yahvé Sabaot a todos los pueblos en este monte un convite de manjares frescos, convite de buenos vinos: manjares de tuétanos, vinos depurados; consumirá en este monte el velo que cubre a todos los pueblos y la cobertura que cubre a todas las gentes; consumirá a la muerte definitivamente. Enjugará el Señor Yahvé las lágrimas de todos los rostros y quitará el oprobio de su pueblo de sobre toda la tierra, porque Yahvé ha hablado. Se dirá aquel día: 'Ahí tenéis a vuestro Dios, el que esperamos nos salve; éste es Yahvé en quien esperábamos; nos regocijamos y nos alegramos por su salvación'.*

*Un cristiano de hoy es un hombre que camina  
detrás del Señor crucificado  
cantando el Aleluya de la Resurrección  
(Benedicto XVI, ver Mensaje de Pascua 2011)*

## TESTIMONIOS

### “FE Y ALEGRÍA” EN LA CÁRCEL

Hna. María Luisa Berzosa, FI

*La hermana María Luisa Berzosa es coordinadora de “Fe y alegría” en Roma*

*Original en español*

**E**l Movimiento de Educación Popular y Promoción Social “Fe y Alegría” nació en el año 1955 en un barrio de Caracas (Venezuela) fundado por un jesuita, José María Vélaz, con el deseo de dar educación de calidad a las personas más pobres y desfavorecidas de la sociedad.

Ayudado por un grupo de universitarios y con la generosa colaboración de Abraham Reyes y su esposa Patricia, que estaban construyendo una casa para sus 8 hijos y decidieron donar la mitad de la misma para la escuela de Fe y Alegría, el P. Vélaz comenzó esta obra que se ha extendido por toda América Latina y hoy se halla presente en 19 países de dicho continente, en el Chad (Africa) y en Italia – Génova, Milán y Roma –, para los inmigrantes latinoamericanos, que pueden estudiar su bachillerato mientras trabajan.

Esta obra pertenece a la Compañía de Jesús que desarrolla su trabajo en colaboración con muchos laicos y congregaciones religiosas. Todos los países están agrupados en la Federación Internacional Fe y Alegría (FIFyA) bajo la coordinación general del P. Ignacio Suñol sj, con su equipo directivo. En cada país existe igualmente un director nacional y equipo correspondiente.

El objetivo es la educación bajo todas las formas y modos posibles siguiendo la frase de su fundador: “*Fe y Alegría comienza donde termina el asfalto*”, así tanto en los barrios periféricos de las grandes ciudades como en el altiplano boliviano o en cualquier punto andino, en los lugares más inhóspitos, con condiciones climáticas y de comunicación muy difíciles, allí están las escuelas de FyA con el logo que expresa bien su cometido: un corazón dentro del cual hay niños y niñas ...

En Roma se comenzó en el año 2001 una escuela para inmigrantes que tiene sus aulas en la Universidad Gregoriana y donde se imparten las clases del bachillerato jueves por la tarde y domingos, tiempo libre en sus trabajos. El

título que se obtiene es “*Diploma en ciencias de comercio y administración con especialidad en Informática*” y habilita para el ingreso en la universidad italiana como en la de sus países de origen.

Hace dos años, recibiendo una inquietud de la Embajada de Ecuador, decidimos asomarnos a la Cárcel de Rebibbia, sección de varones, donde hay un buen grupo de latinoamericanos. Presentamos nuestro plan de estudios al entonces director Dr. Carmelo Cantone y se nos permitió el ingreso a la misma; nuestros alumnos serían aquellos que tienen penas por “delitos menores”, casi todos relativos al tema de la droga y con condenas de 6-8 años en adelante. A éstos se les podía permitir salir de sus celdas para acudir a las aulas siempre acompañados de los guardias. Hay dos personas con quienes nos relacionamos de modo más directo: Anna Luisa Giustiniani, italiana, responsable del área educativa; y Cristóbal Muñoz, mediador cultural y lingüístico, de México.

Nos dieron dos tardes: lunes y miércoles de 14.00 a 18.00 hs. Después nos pusimos en búsqueda de profesores y de una persona que llevara adelante la coordinación, siempre en colaboración con nuestra escuela. Lo hizo Sofía Ibarra, una sicóloga mexicana que trabajó de una manera excelente. Encontramos pronto un grupo de profesores para las diversas materias que trabajan con una dedicación y generosidad a toda prueba, totalmente voluntarios y que fueron creando una verdadera comunidad educativa entre alumnos y profesores.

A lo largo del curso nos encontramos todos para celebrar alguno de los momentos importantes del año litúrgico, como Navidad, Pascua y final del año académico, ya que los meses de verano no podíamos ir porque hay muy poco personal y no pueden seguir llevando a cabo todas las actividades.

Esos momentos sirvieron para un encuentro verdaderamente cordial donde nuestros alumnos hablaban con mucha espontaneidad y contaban sus historias de vida, siempre impresionantes... cantábamos, reíamos, festejábamos juntos y eso nos daba un acercamiento mayor para continuar el trabajo.

Nos fuimos conociendo con los guardias que hacían el servicio de acompañar a nuestros alumnos. Poco a poco la burocracia para conseguir el permiso de ingreso y otras cosas, que es muy larga e intensa, nos permitió sentirnos “ya dentro” como profesores y puedo decir que el interés era creciente por nuestra parte y también constituía un gran estímulo ver como los alumnos se empeñaban, querían prepararse y ponían todo su interés en cada materia.

Ofrecimos el mismo plan de estudios de la escuela pero al curso siguiente lo fuimos reduciendo a las materias que consideramos más esenciales a petición de los alumnos porque seguir un ritmo pautado, constante, que supone mucho esfuerzo, no era posible por varios motivos: depresiones, cambios en la situación judicial, otras actividades que a veces se superponían a las nuestras etc. En consecuencia a final de curso se les daba un certificado justificante de lo que

habían hecho sin ser el diploma oficial.

En el curso presente, además de seguir ofreciendo el plan de estudios, se ha implementado un curso de español porque había bastantes peticiones; hay dos niveles, inicial y avanzado, y lo frecuentan personas procedentes de Italia, Marruecos, Egipto, Rumania... también Sofía dejó la coordinación y ya el curso pasado la asumió Alessandro Lepre, italiano, licenciado en ciencias políticas que desempeña muy bien su labor y está presente todos los días junto a alumnos y profesores.

La experiencia está siendo muy positiva en medio de no pocas dificultades, no solamente burocráticas, sino de las situaciones que viven nuestros alumnos: familiares, judiciales, sus propios estados de ánimo... pero la constancia y generosa entrega de los profesores es admirable. Cuando evaluamos siempre dicen que una sola persona a la que atendiéramos vale la pena y con este convencimiento se preparan y acuden todos los días fielmente.

Estamos convencidos de las palabras del Señor en el evangelio: *“porque estaba en la cárcel y me visitastéis”* y cuando entramos allí y nos encontramos con nuestros alumnos encarcelados, sentimos que esa “visita” está acompañada por Alguien mayor que nosotros y cuando salimos – y ellos permanecen dentro – también experimentamos diversos sentimientos que mantienen nuestro corazón en espera de la vez siguiente.

Se han creado ya unos vínculos muy cordiales que nos permiten continuar con el camino emprendido a pesar de – o precisamente por – las dificultades frecuentes, pero el amor y la generosidad son mayores y seguimos adelante.